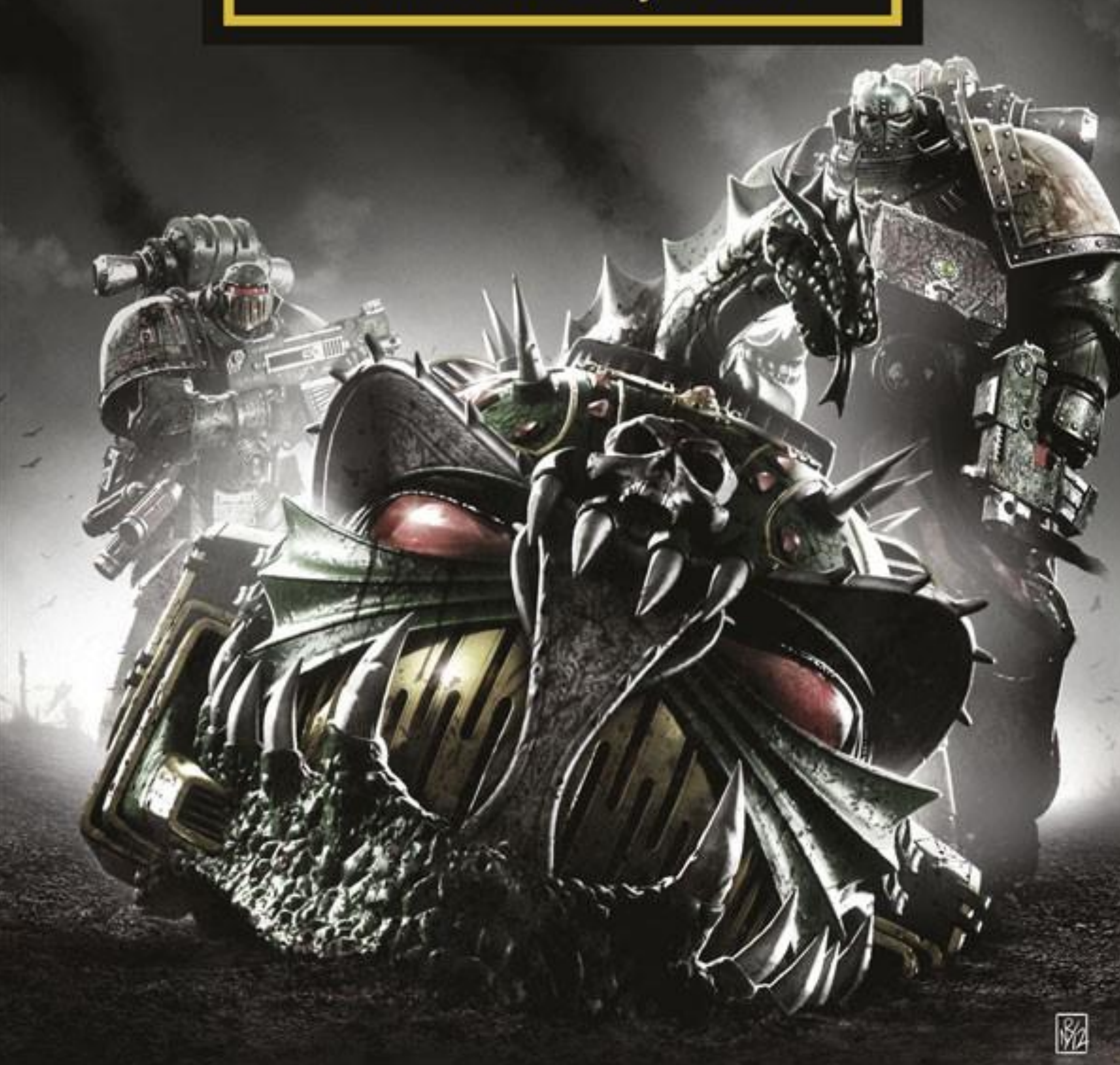
THE HORUS HERESY®

Nick Kyme

SCORCHED EARTH

From the ashes of Isstvan





LA HEREJÍA DE HORUS

TIERRA QUEMADA

NICK KYME



Dienekes



Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Salamandras

RA'STAN	Hermano de los Salamandras
USABIUS	Hermano de los Salamandras

La Legión de los Manos de Hierro

ERASMUS RUUMAN	Nacido del Hierro de los Manos de Hierro
ISHMAL SULNAR	Comandante de los Manos de Hierro
TARKAN	Francotirador de los Manos de Hierro

La Legión de la Guardia del Cuervo

MORVAX HAUKSPEER	Apotecario de la Guardia del Cuervo

La Legión de los Hijos del Emperador

LORIMARR	Hermano de los Hijos del Emperador

La desesperación es el momento en que toda esperanza muere y la inevitabilidad de acabar en finales abruptos como un golpe de espada dirigido directamente a tu cuello o la boca del cañón de un arma caliente presionada contra tu frente. Si eres afortunado, si la misericordia te está favoreciendo, a continuación tu desesperación será rápida. Pero no todos tenemos la misma suerte; para algunos la realización de la desesperación es un rio lento, una negación erosionando como la carne dando paso a la edad o el metal al óxido. Le ahueca, distancia de todo lo que era y lo reemplaza con la negrura. Esto lo había oído.

Nunca en mi vida me había dejado llevar por la desesperación. Incluso durante las pruebas en mi mundo de fuego y cenizas, cuando el calor estaba escaldando mi espalda como tenazas de un herrero o los sahrk pisándome los talones, deseosos de probar mi carne, nunca creí que no tendría éxito. Siempre tuve esperanza.

En aquel entonces era mera carne y sangre, sólo un hombre cuyos huesos no volvían a soldarse en cuestión de minutos, cuya sangre no se coagularía en segundos, cuya piel no era dura como el ónix y del mismo color. Ahora tengo ojos de fuego que asemejan el mundo de color rojo que me dio a luz, una vez como mortal y de nuevo durante mi apoteosis como legionario. No recuerdo mi nombre mortal. Me llamo Ra'stan por mis hermanos, o capitán por mis hombres. Ese rango no tiene casi ningún sentido ahora porque no hay guerreros vivos que puedan referirse a mí por dicha nomenclatura, así que soy simplemente Ra'stan. No soy un ser humano, sino un superhombre; transhumano en todos los sentidos, con todas las ventajas que me dio mi padre.

Como hombre, nunca había cedido a la desesperación. Como hombre, siempre creí que tendría éxito. Tenía esperanza.

Soy un Marine Espacial de la XVIII Legión, los Salamandras, uno de los Nacidos de Fuego e hijo verdadero de Vulkan, y por primera vez en mi vida conozco la desesperación.

Una explosión iluminó la línea de crestas distantes, iluminando una gran llanura oscura. Copos de magnesio blanco volvieron el verde profundo de nuestras servoarmaduras en gris monocromo, aunque nuestros ojos todavía brillaban como fuegos de forja. Usabius y yo nos agachamos instintivamente y preparamos para el temblor sísmico que le seguiría, a pesar de que las feas bengalas desde incendiarios lo habían convertido en algo común en los últimos días. ¿O se trataba semanas, incluso meses? El tiempo había dejado de ser relevante cuando nos dimos cuenta rápidamente de que nuestras arenas en el reloj de arena se pidieron prestadas.

Aquellos con una perspectiva más retorcida podrían decir que habíamos tenido suerte, la suerte de tener un instante más de vida, pero sería un error. Vivimos en el infierno, un infierno de arena negra donde nada es lo que debería ser y todo se ha sumergido en la locura. Un guerrero, incluso uno tan forjado como un Marine Espacial podría perder su mente a tal estado. Hay muchas palabras en muchas culturas para un estado tal. He oído a los hijos de Russ llamarlo *Ragnarok*. Otros lo conocen como Armagedón. Nosotros los Salamandras lo llamamos el *Tempus Infernus* o Tiempo de Fuego, pero sospecho que muchos solo se referirían más tarde a ello como Herejía.

A partir de ese momento, lo conocimos como Isstvan.

Nuestra carga se hundió a medida que caímos a tierra, arrastrándonos detrás de las rocas y los restos de cápsulas de desembarco destruidas. Estos leviatanes militares podrían llevar compañías enteras y sus convoyes de vehículos de apoyo, siervos, adeptos del Mechanicum y acorazados. Ahora estaban arrasados, sus entrañas arrancadas y dejadas pudrir en el aire atestado de humo, engalanados con los cuerpos y osarios de todos los aspectos. El pequeño parche de tierra sucia donde nos acuclillamos era también un desguace... Land Raiders, Rhinos, transportes blindados de personal y los restos óseos de los reductores de velocidad llena nuestra posición junto con las punteras de enormes naves como un cementerio de hierro.

Incluso con el fuselaje negro como el carbón de una cápsula de desembarco entre nosotros y nuestros cazadores, el tiroteo todavía lejos y explosiones distantes, no me sentía seguro. En ningún lugar era seguro y, finalmente, también nosotros seríamos absorbidos por la ola de ira que había descendido en la Depresión Urgall como una nube en la que el fratricidio a gran escala era la única constante.

-Mantenlos quietos-le dije a Usabius, sabiendo que mi hermano no iba a permitir que nuestra carga revelara nuestra posición.

Aun en los desiertos, lejos de las colinas de Urgall, todavía había mucha arena negra entre nosotros y el consuelo.

Miré hacia atrás y lo vi murmurando algo tranquilizador al Guardia del Cuervo medio muerto que llevábamos. La nave de desembarco contra la que estábamos cubiertos había pertenecido a su Legión. Negro sobre negro, yacían las marcas de quemaduras de los terribles incendios que con el tiempo habían destruido o borrado el distintivo corvidae blanco tanto en el ala como en el casco abierto.

Pasando entre coberturas de la nariz de la cápsula de desembarco, medio enterrada en la arena oscura, traté de medir el nivel de amenaza más allá de nuestro frágil santuario.

Vi un grupo de ocho guerreros con servoarmadura verde mar con bandas negras alrededor de los bordes de su pecho, portando una mezcla de mazas eléctricas, espadas y espadas-sierras. Estas últimas funcionaban ruidosamente, compitiendo con la risa oscura de estos asesinos y los ladridos mecanizados de sus bestias.

-Un escuadrón de la muerte -le dije a Usabius, que no respondieron. -Con mastines. No hay cazadores ciegos.

Casi sentí a mi hermano relajarse por el último comentario.

Me sentí lejos de optimista, pero luego pude ver lo que estaba pasando más allá de la nariz de la nave caída en un barranco poco profundo en forma de elipse.

Otros tres guerreros, dos con servoarmadura negra como el carbón, una mano blanca estampada en sus hombreras izquierdas, y uno en servoarmadura más oscura aún con su casco de combate arrancado para revelar un rostro pálido, estaban rodeando por la muerte-escuadrón.

Vi a un segundo grupo de cazadores, seis en esta ocasión. De la misma maldita Legión, bólters lacios. Uno de ellos llevaba un lanzamisiles, la causa de la explosión anterior que nos habían congelado en este lugar.

Después de unos segundos de silencio cargado, Usabius preguntó: -¿Podemos pasar?

Negué con la cabeza, haciendo un gesto para que se quedara quieto.

No tenía sentido dejar que Usabius viera esto. Él querría luchar, tratar de salvar a los guerreros en la trampa mortal de los cazadores. Era una sentencia de muerte y yo no lo había rescatado de un peligro mortal una sola vez para que malgastase su vida sin sentido. Quería salvar a ellos también, pero clavé mi resolución a través de mis pies para que no me mueva.

Así que, como la mandíbula sellada y los cazadores avanzando, esperé y observé. Y me odié a mí mismo por eso.

Se encontraban gravemente heridos, los tres en negro. Pero dos atacaron de todos modos, empuñando martillos trueno que golpearon. Me estremecí involuntariamente cuando el trío de proyectiles sonó como un tambor de desfile, un staccato uno-dos-uno y los Manos de Hierro cayeron por su cuerpo mortal.

Uno cayó con el pecho roto, su brazo cortado desde el hombro. Vi chispas, cables serpenteantes cercenados de sus conexiones a un brazo biónico. La mano se desprendió en la muñeca, serrada por el impacto cinético de proyectiles bólter.

Mis músculos se sentían apretados y pesados como losas de plomo. Me di cuenta que los estaba tensando. La sangre latía con fuerza contra el interior de mi cráneo, mi metabolismo mejorado reconociendo las señales eléctricas que mi cerebro estaba enviando y preparándose para el combate. Me calmé, reafirmando mi orden a Usabius después de haber oído los disparos y moverse una fracción.

Estad quietos -le ordené cuando vi morir al segundo Mano de Hierro. Fue empalado por una espada-sierra y luego asesinado a golpes. Su grito fue un espasmo mecanizado de pseudo-estática que me heló la sangre caliente como la lava.

-Hermano... –instó Usabius detrás de mí. Expresó la palabra con los dientes apretados y la hizo sonar como una imprecación.

El último se deslizó por la red, fabricando una ruta de escape mediante el sacrificio de los otros. Lo vi despachar a dos de sus presuntos torturadores, apuñalando las entrañas de uno y cortándole la mitad de la cara de otro con sus garras.

Hijos de Horus, maullando y maldiciendo a medida que se ahogaron con su propia sangre... Me dio más satisfacción de lo que debería, y por un momento me opuse a mi propia transformación.

A medida que el Guardia del Cuervo tomó vuelo, me atreví a esperar y quise apretar mi puño en señal de triunfo y desafío.

Esperé y observé mientras bengalas iluminaron la oscuridad, correteando y gritando mientras los cazadores intentaron restablecer su trampa.

Luego vino el frío en mi sangre, renovado por un grito de angustia aviar. Alguien se estaba muriendo en algún lugar delante de nosotros. Unos minutos más tarde, vi al Guardia del Cuervo levantado en una cruz de ocho puntas, pues retazos de su crucifixión me fueron revelaron a través de destellos de incendiarias y el resplandor ondulante aburrido de piras funerarias. En la línea del horizonte vi una larga cadena de esos montículos ardientes, cuerpos convertidos en combustible; los cuerpos de mis hermanos. Eran grandes, algunos incluso empequeñecían las Colinas Urgall. Uno, creo, estaba compuesto en su totalidad de cráneos pero aparté la mirada como un extraño sentido de ira y enfermedad se apoderó de mí. En algún lugar allá arriba estaba su fortaleza, donde el hijo caído del Emperador había tramado su engaño y visto realizarse en su totalidad.

Aparté la mirada, traté de dejar fuera el ruido de tormento del Guardia del Cuervo y vi algo que se arrastraba hacia mí. Sus movimientos arácnidos y espásticos hacían difícil identificarle de inmediato.

Retrocedí cuando me di cuenta que era una mano, la misma mano biónica arrancada de uno de los guerreros muertos durante su ejecución. Sin pensarlo la aplasté bajo mi bota, horrorizado ante la visión, y miré hacia arriba.

El escuadrón de la muerte se demoró con sus siluetas voluminosas y disparó contra las piras rugiendo tras ellos, sus perros gruñendo en la correa. Estaban torturando, y saboreaban el acto. Sabía que el dolor, que había infligido a mis enemigos, sería devuelto. Incluso había visitado a enemigos capturados con el fin de aprender de sus planes de batalla o conocer los objetivos de la misión cuando ninguno era obvio. Me dejó un sabor como el polvo de la Llanura de Scoria en mi boca, pero esto era otra cosa. Mis obras, aun repugnantes a mí, tenían fin. La crueldad del escuadrón de la muerte a la que sometió al legionario crucificado era animal, envilecida. Tuve que luchar para no empuñar mi bólter y terminar la miseria del

pobre bastardo. Pero para ello revelaría nuestra posición, entonces seríamos los más en la cruz de ocho puntas.

Tendríamos que quedarnos y escuchar hasta que ellos acabaran de divertirse. Podía sentir la ira de Usabius como una espiga eléctrica en el aire detrás de mí. Le tendí la mano en señal de advertencia. -Espera.

-Éste podría no durar -gruñó, rebosante de ira, en referencia a nuestra propio Guardia del Cuervo herido.

Estábamos cazando también, superviviente, por supervivencia, por algo que pudiera llenar el vaso con más granos y nos permitiera con el tiempo de devolver el golpe, por venganza, porque nunca podríamos entender por qué. Para mí y Usabius también había algo más, alguien más al que estábamos buscando. Habíamos estado cerca cuando oímos los gemidos desde el interior de la nave de desembarco y encontramos al hijo de Corax bañado en su propia sangre. Ya no se lamentaba, pero estaba en gran parte quieto y en silencio. Esto me molestó más que cuando dejé a Usabius, porque admitir que nuestros esfuerzos habían sido inútiles en el rescate de él también nos obligaría a admitir otras verdades a las que todavía no estábamos preparados para enfrentarnos.

No vi a Ferrus Manus morir.

Creo que sentí su muerte a través de la rabia y la angustia de sus hijos. Los Manos de Hierro eran normalmente tan estoicos como mecanizadas con sus emociones como lo fueron con la lenta colonización de metal de sus cuerpos.

La carne es débil, así decía el mantra de su Legión.

Todos éramos débiles. Débiles ante la traición más allá del semblante cuando las armas en nuestras espaldas que estaban destinadas a protegernos se volvieron...

Yo estaba en el flanco izquierdo. Toda una legión dispuesta para la batalla, liderada sin pena ni gloria por nuestro padre en una pelea que no queríamos, pero no podíamos evitar. La muerte vino primero, para ellos y nosotros. Horus había atado tres primarcas a su causa, así como sus propias legiones. Quizá deberíamos haberlo visto cuando su culto a la personalidad lo alcanzó, cuando el título de Señor de la Guerra cambió a belicista y se convirtió en el derecho de un hijo sin afecto, no un honor otorgado por un padre agradecido. Cambió su nombre, ya no contento con

compartir el aspecto lupino con un hermano más, obviamente, salvaje y merecedor de la Legión, y los hizo a todos sus hijos en identidad así como en sangre.

Quizás entonces deberíamos haberlo sabido, pero incluso si esas señales estaban allí, no podíamos haber adivinado lo que sucedió después.

Habíamos perdido mucho, matado a nuestros hermanos en lo que parecía una masacre sin sentido. Palideció a lo que siguió cuando nos retirábamos hacia las zonas de desembarco, lamiendo nuestras heridas y consolidando nuestras fuerzas para que otros pudieran reanudar la lucha en nuestro lugar. Estandartes de la Hidra y el Hierro estaban detrás de nosotros, refuerzos listos y la evidencia real de que Horus había cometido un error. Pero lo impensable se hizo realidad; siete legiones habían desafiado al Emperador y unido a Horus. Nuestra ventaja numérica, nuestra superioridad táctica, se desintegró como la carne ante un amanecer nuclear. Nuestros refuerzos se convirtieron en el martillo contra el yunque de Horus. Y entonces las armas se volvieron.

La noche había caído sobre Isstvan, aunque eso podría ser la ceniza flotante y vastas capas de humo que borraron el sol. No importaba. Negro sobre negro, era el único momento en el que nos podíamos mover con cualquier esperanza de secreto. Hubo un resplandor lejano al norte, donde nuestros enemigos traicioneros arrojaron sus máscaras y se revelaron. Revisé mi estimación; la noche estaba cayendo. Guerreros, o la apariencia de guerreros en algunos casos, se fueron removiendo del sopor libertino, despertaron para los rituales y suplicaron en nombre de los dioses oscuros.

Esto se suponía que era una era de iluminación, donde la superstición había sido desterrada por la luz de la verdad empírica. ¿Dónde estaba esa luz ahora?, me pregunté mientras miraba a la oscuridad, al reconocer el eco de lo que había echado raíces en mi alma.

Tras acabar con su deporte el escuadrón de la muerte se marchó, aullando y gruñendo en voz apenas descriptibles como humanas nunca más.

-Vamos -le dije a Usabius y me agaché para envolverme con el brazo del Guardia del Cuervo.

-¿Deberíamos marcarlo?

Cuando me volví a mirar a mi hermano vi la barra de metal corto aferraba en su mano izquierda. Tenía un pequeño barril en el extremo con un número de diodos sin luz a la espera de activación. Ruuman nos había dado las sondas de mapeo sísmico, diciendo que ayudarían con la triangulación. De hecho, creo que se reía de nosotros con su ayuda, pero Usabius y yo le estábamos agradecidos de todos modos.

-Hazlo -e dije y vi a mi hermano plantar la sonda profundamente, torciendo el barril para iniciar la transmisión de la señal.

Fueron diseñadas aparentemente para la guerra de asedio, pero teníamos un propósito completamente diferente en mente para ellas.

-¿Seguro? -le pregunté, ansioso por moverme.

Con la noche llegó una relativa oscuridad, pero también trajo horrores que no estaban presentes en el sol.

Usabius pausa. -No creo que él esté respirando -respondió. No vi la cara de mi hermano, que estaba escondida detrás de un casco con cicatrices, pero sabía que estaba sombrío.

-Sigamos en movimiento -le dije cuando salimos de detrás de la cápsula de desembarco, tratando de bloquear el ruido del asesinato, mientras todavía escuchaba los signos de peligro.

Avanzamos otros ochenta metros antes de que Usabius susurrara, -¡Armadura!

Interiormente, maldije. Nos habíamos quedado demasiado tiempo y ahora nuestro viaje de regreso sería largo y peligroso, si volvíamos.

Un cráter, sembrado de cadáveres con servoarmaduras con la mayor parte de su iconografía quemada, era nuestra única esperanza de mantener el anonimato.

Nos sumergimos en él, entre los esqueletos carbonizados de guerreros que podríamos haber conocido y con los que combatido. Las extremidades, desgarradas y lacias, golpearon contra mis rodilleras. Una mano esquelética tocó con sus dedos mi cara. Otra raspó la hombrera y mi mente se llenó de repente con imágenes de los muertos: putrefactos y en descomposición dentro de sus servoarmaduras, alzados en la condenación y la silenciosa acusación a nuestra supervivencia. Desterré la

idea, pues no me serviría aquí, y culpé a la fatiga y el trauma. La lucidez era a menudo el primer aspecto de la eficacia de un guerrero en ser probado durante períodos prolongados y extremos de estrés mental. No puedo pensar en ninguna prueba mayor que Isstvan.

Revolviéndome entre los cuerpos, resbalé e introduje mi avambrazo profundamente en la cavidad irregular del pecho de un ex-legionario. Inquebrantable, tiré de mi mano, rompiendo un trozo de costilla ya destrozada, y tratando de evitar fijarme la sangre derramada recubriendo el puño enguantado. No había honor, no gloria en este pozo de los muertos. Aquí había un lugar en el que los héroes fueron a morir, olvidados y sin luto. Éramos gusanos necrófagos, arrastrándonos entre ellos. Arrastrando el cuerpo sin vida del Guardia del Cuervo con nosotros, besamos la tierra e intentamos enterrarnos.

Pese a mis corazones martilleando en mi pecho, sentí el ruido sordo de la compañía de tanques avanzando hacia nosotros a través de la tierra temblando. Antes de cerrar los ojos, ocultando el fuego vital dentro de ellos, me di cuenta de que granos de arena negra caían en cascada sobre el borde del cráter y me puse en la mente de nuevo del reloj de arena. Entonces me rendí a la oscuridad y esperé que no fuera mi última visión.

La predicción de Usabius sobre la llegada de la compañía blindada nos salvó a ambos. La muerte en Isstvan era rápida, casi instantánea. Cualquiera que fuese el fin que una vez había imperado en esta fuerza se fue cuando los comandantes de la Legión dejaron sólo a sus peores perros detrás de la caza y raspar nuestra débil resistencia de este mundo. Pronto los legionarios sabuesos se retirarían demasiado y cualquier cosa que hubiera escapado de sus garras y dientes sería atomizado desde la órbita.

Traté de concentrarme, concentrarme en el acto de subterfugio que era necesario para mi supervivencia, por mucho que me irritaba no coger bólter y acribillar a estos traidores. Algunos lo habían intentado. Dormían en cráteres como en el que estábamos escondidos. Detenerse en la miríada de formas que podrían satisfacer mi propia muerte sólo aceleraría el proceso. Así que dejé que mis sentidos me trajeran de vuelta al presente.

Fue un encuentro muy desagradable.

El olor de la sangre, vieja, pero todavía húmeda, se deslizó en mis fosas nasales. El sabor metálico inundó mi paladar. Carne en descomposición dispersaba su fragancia en el aire caliente procedente de los tanques. Visiones de los inquietos muertos, boquiabiertos con la lengua sobresaliendo de protuberancias de dientes rotos, negros, regresaron. Podría aplastar las pesadillas en mi cabeza, pero el hedor no se rendiría tan fácilmente. Sin los filtros de aire en mi casco, casi me atragantaría.

El duro *chank* de las zapatas del freno, el manto embriagador de calor de los motores al ralentí, anunciando el abrupto detener de la compañía de tanques.

-Me pareció ver movimiento aquí –dijo una voz de rejilla, como dos vigas oxidadas raspadas una contra otra.

Uno de los hijos de Perturabo.

El odio prácticamente emanaba del legionario en oleadas. Esperaba oír el ruido metálico de las botas contra el casco de un tanque, la resonancia aburridaa medida que pisotearon en el descenso los peldaños de una escalera adosada a su torreta y, finalmente, el *crujido* de la tierra bajo su peso.

Una inspección al final de una bayoneta desharía nuestros esfuerzos. Mi gladius estaba a su alcance y lo suficientemente corta para sacarla sin necesidad de levantarse. Decidí no irme sin luchar...

En su lugar, oí un crujido metálico y la suave efervescencia de un reflector cobrando vida.

Segundos después una luz fría y áspera rezumó en el cráter y resistí el impulso a gatear más profundamente en la ciénaga de los cuerpos. Incluso con los ojos cerrados, podía detectar el cambio en la luz y la esperanza de que la reacción infinitesimal de mis párpados no me delatase. Se movía lentamente, como una mancha, bañando mi servoarmadura con dedos grasientos y oleaginosos. Permanecí inmóvil, fingiendo estar muerto, sin saber por un momento si no estaba ya muerto, y dejando que el reflector escudriñara.

Oí los tanques gruñendo cerca, guturales, bestiales. El hedor del promethium era nocivo. Sus tripulaciones estaban hablando entre sí, aunque no podía discernir lo que se decía sobre la estática de las comunicaciones. Sonaba como una pregunta a quien estuviera en el reflector en la torreta.

La respuesta del legionario era demasiado audible.

-El fuego mató a la mayoría de ellos. Unos pocos todavía están frescos sin embargo. Podríamos quemarlos de nuevo.

Soy una salamandra, nacido del fuego, pero incluso mi resistencia no me permitiría sobrevivir a un baño de promethium.

Hubo una pausa, como si quien estuviera dentro del tanque respondiera.

-A sus órdenes, sargento -contestó el hombre de la torreta, y el alivio se apoderó de mí como un bálsamo.

El calor del reflector pasó, evaporación como un peso muy real izado por mi espalda. Dejé que mi ritmo cardíaco para volver a la normalidad al igual que la Guardia del Cuervo comenzó a agitarse.

Con dolor delirante mitad, nuestro hermano no podía saber nuestra situación, ni el hecho de que todos nosotros en peligro con su intempestivo retorno a la conciencia.

Atreviéndome a abrir los ojos una fracción, vi al Guardia del Cuervo tratando de moverse, pero estaba demasiado lejos como para hacer algo al respecto. Los tanques que sólo habían empezado a moverse de nuevo parecieron detenerse. Oí al legionario en la torreta, el crujido de su vox mientras le dijo al conductor que se detuviera.

Usabius estaba mirándome a través de la lente izquierda rota de su casco. Estaba gravemente dividida y pude ver claramente el resplandor ardiente de su verdadero ojo bajo ella. En nuestro vuelo frenético, nuestro compañero herido había terminado justo a su lado.

Las orugas molían la tierra, la arena, el hueso...

¡Los Guerreros de Hierro volvían!

Usabius no paró de mirarme. Al principio pensé que estaba tratando de evitar nuestro descubrimiento por pura determinación, como si al deseando se convertiría en invisible. Sólo cuando llegué, milímetro a milímetro agonizante, a mi bólter me di cuenta de que quería mi permiso.

Si lo hacía, seríamos los dos. No podía cargar con el peso solo.

Poco a poco, casi imperceptiblemente, asentí.

Desde arriba, el sonido de la armadura desplazándose era diferente; el tanque principal se movía solo, virando para una última mirada con el ojo funesto de su reflector. En los pocos segundos que nos quedaban antes de que alcanzaran el borde del cráter y identificaran al guerrero herido revolviéndose en sus entrañas, Usabius se acercó con el puño de combate que llevaba sobre su mano derecha, formando poco a poco una tenaza alrededor del cuello del Guardia del Cuervo y exprimiéndolo.

La lucha fue momentánea. Usabius tuvo que dejar su lado cuando el calor del reflector volvió.

No más lamentos, no más agitación. Nuestra decepción fue hermética, nuestro escondite a la vista asegurado...

...nuestras conciencias indeleblemente manchados.

Esperamos en la oscuridad durante varios minutos hasta que la luz se fue y el sonido de orugas de los tanques se desvaneció, cuando los Guerreros de Hierro fueron a buscar más supervivientes para matar. Ayer pudimos haber vagado por esta región de Isstvan y tenido la mala suerte de no encontrar una sola alma viviente, pero el statu quo estaba cambiando. Los cordones de búsqueda se fueron ampliando y con ello nuestras posibilidades de descubrimiento aumentaron. El deseo de los escuadrones de la muerte que persisten sobre su presa era la única razón de nuestra suspensión de la ejecución, la única cosa que nos impedía ser descubiertos por nuestros enemigos.

No iba a durar, y sentí que nos quedaban unos días más, tal vez menos.

Horus se acercaba, o al menos sus perros rabiosos.

Cada vez más, nos vimos obligados a ir más profundo, más lejos de la nave y más cerca de la Depresión Urgall donde tanta sangre ya había sido derramada. El tiempo era lo único que nos quedaba, y una leve esperanza de que encontraríamos lo que buscamos tan desesperadamente. ¿Qué pasaría pues si lo hiciéramos? El pragmatismo nocturneano me dijo que tendríamos que determinarlo cuando fuera prudente hacerlo.

Sólo cuando una vez tuve la certeza de que los Guerreros de Hierro se habían ido, rodé de espaldas y tuve que moler los dientes para evitar gritar.

Me encontré con la mirada de Usabius, sin dejar de mirar hacia mí a través de la pila de cadáveres, y reconocí su angustia como el espejo de mi propia. Acabábamos de agregar otro a su macabra lista.

-Quiero matarlos... -murmuró, -...a todos.

-Volvamos al *Purgatorio* -sintiendo el peso de nuevo, me puse de pie y fui a ayudar a Usabius, que se negó.

-Vamos -le dije, enganchando mi brazo debajo del Guardia del Cuervo.

-Él está muerto -nunca un hecho más evidente me fue señalado.

-Haukspeer puede obtener su semilla genética -le contesté.

Si Usabius pensó algo sobre eso, se lo guardó para sí mismo y agarró al guerrero muerto por el otro brazo.

A medida que lo arrastramos desde el foso, con nuestra servoarmadura manchada de la sangre y la ceniza que fueron nuestros hermanos, hice una mueca.

-¿Tu pierna? -preguntó Usabius.

Mi mano bajó casi involuntariamente al crudo blindaje que encerraba mi pierna izquierda.

-Ruuman hace un trabajo excepcional pero incluso sus habilidades están siendo puestas a prueba en este infierno -le dije.

Mi pierna se rompió en tres lugares. El diagnóstico de Haukspeer era que tenía cuatro fracturas radiales del fémur con la tibia y el peroné astillado. A menudo me imaginé el hueso que sobresalía de mi piel bajo mi armadura. Los supresores del dolor en mi sistema, aumentados por lo que nuestro apotecario había depurado, me mantuvieron consciente; el aparato ortopédico de metal de Ruuman me permitió caminar, pero el dolor y la disfunción dificultaban la locomoción.

Ondulante humo obstruía el aire en la distancia, los gases de escape de la compañía de tanques. Otras sombras se movían en la penumbra también, algunas en nuestra dirección. Más escuadrones de la muerte, razoné. Algo más grande también,

arrastrando los pies torpemente sobre largas piernas como tallos. Cogí el destello rojo de sus sensores antes de que la voz de mi hermano me reclamase.

-Sería más fácil sin el cuerpo –la implicación de Usabius fue casi telegráfica, pero se hizo eco de lo que había estado pensando.

Mi respuesta fue no intencionalmente simplista. -Sería más fácil si nada de esta locura hubiera pasado.

El fatalismo auto indulgente era inútil. Ya había visto a varios Manos de Hierro sucumbir por ello, sólo para morir en actos innecesarios de heroísmo suicida. Sulnar habría estado cerca de no ser por Haukspeer arrastrándole a bordo de nuestra nave de desembarco. No creo que el de Medusa le perdonase sinceramente por eso. Él había querido morir con honor, pero ahora ni siquiera podía hacer eso. Supone que la muerte de un padre haría eso a un hijo, llevarlo a actos demenciales, entonces traté de no preguntarme por el destino de mi propio padre.

-Puedo hacerlo -le dije, subiendo plenamente del cráter y sabiendo que teníamos que traer algo de vuelta con nosotros.

-¿Incluso si tenemos que evitarles? –respondió Usabius, señalando con un dedo en la dirección de los dos caminantes que giraron hacia nosotros sin previo aviso.

Nos hundimos como uno, sólo elevándonos esta vez cuando los caminantes deformes volvieron rápidamente sus atenciones carmesíes en otro lugar. Les escuchamos "hablar" entre sí en un lenguaje mitad código máquina, mitad animal, y luché de nuevo para conciliar estas abominaciones con las otras creaciones del Mechanicum. Incluso los escuadrones de la muerte y mastines cibernéticos quedaron intimidados por los cazadores ciegos. Las otras sombras se escabulleron de ellos o simplemente salieron de la ruta de los caminantes si eran lo suficientemente audaces, lo que les permitiría hacer su trabajo sin obstáculos espeluznantes. No había visto a los cazadores ciegos durante el asalto inicial y sospeché que habían sido traídos más tarde para limpiar y quemar.

Quema la tierra, y luego echa la sal.

Hice un gesto hacia el este. Nos llevaría más tiempo de esa manera, caracterizada por sus propios peligros, pero al menos estaríamos más lejos y no más cerca de los cazadores ciegos. No había naves de desembarco, a excepción de la nuestra. La mayoría de las naves y lo que quedaba de sus defensores estaba en el oeste.

Usabius estuvo de acuerdo, así que tomó mi rumbo y caminó con cansancio por la arena negra.

Sería más tranquilo a lo largo de estas llanuras sin caminos, donde los escuadrones de la muerte aún no habían cazado. Después de quince minutos, aunque no había confiado en mi crono interno desde hace un tiempo, el desierto plano dio paso a los peñascos, luego a los acantilados. Montañas que habíamos apodado las Garras Negrasante la vista.

Casi una hora después, bregando a través de los pasos, barrancos y desfiladeros, llegamos ala*Purgatorio*.

Vestido de gris y blanco a la deriva, era sólo otra roca lumpen entre muchas otras, el verde de los Salamandras estaba bien camuflado. Sus alas se rompieron hace mucho, habiendo caído en cascada en los profundos barrancos bajo ellos. Una vez fue un Stormbird, designación Warhawk VI, pero sus días sobre los cielos y portando ángeles de la muerte terminaron. Incluso si aún estuviera intacto, los motores de la nave de desembarco fueron totalmente quemados, más allá de reparación posible. A través de su cono de nariz arrugada y proa, el glacis había volado. Sólo unos pocos jirones de cristal blindado permanecían, como los colmillos en la boca de una bestia vapuleada. Capté la silueta de un guerrero solitario en una cabina despojada de cualquier cosa de uso. Tarkan levantó una mano de hierro a modo de saludo a nosotros, con el largo cañón del rifle de francotirador descansando plácidamente en su regazo. Luego se fue de nuevo, mezclándose en las sombras, siempre vigilante. Nuestro paciente vigilante había tomado este nido de águila como su puesto desde que cierta apariencia de orden se estableció después del accidente.

Fue él, en un momento de humor sardónico, que había llamado a nuestra nave y santuario *Purgatorio*.

Nadie le contradijo. Incluso Haukspeer dio un irónico aplauso.

Con nuestro pasajero muerto cada vez más frío por momentos, Usabius y yo pasamos bajo un arco de piedra que se unió a los dos picos entre los que nuestra nave estaba firmemente encajada. A partir de aquí, la puerta al final de la cola y de la bahía de carga lindaba una amplia calzada de piedra que se perdía a través de la montaña. Al igual que una fortaleza de los antiguos tiempos, simplemente

observamos desde la solidez del metal hacia abajo, hacia la tierra bajo nosotros y a nuestros enemigos distantes reuniéndose poco a poco, sin darse cuenta en sitiarla.

Usabius levantó su mano al cielo.

-¿Nieve? -dijo, en relación con los copos blancos cubriendo su servoarmadura. -Tal vez la estación está cambiando.

-No, hermano -le corregí. –Son sólo cenizas. Están quemando de nuevo; más piras en las colinas.

Usabius no respondió.

Un viento frío se levantó y sopló la ceniza a los altos picos.

Nuestras cabezas se inclinaron mientras caminábamos los últimos metros hasta la puerta del *Purgatorio*. Incluso en la relativa soledad de las montañas, lejos de la Depresión Urgall, los gritos de los muertos y moribundos todavía nos siguieron.

La puerta de carga de la nave de desembarco chirrió al mover engranajes olvidado, admitiéndonos a los dos en una amplia bahía atestada de guerreros.

Asentí con la cabeza a Vogarr y E'nesh, ambos Mano de Hierro y Salamandra devolviendo mi saludo mientras apuntaron sus bólters al vacío más allá de la rampa de desembarco. Una vez que se selló la entrada de la nave de desembarco, anunciado por la exhalación siseante de presión neumática, se relajaron.

Ambos legionarios fueron maltratados, susservoarmaduras unidas solo por una rápida re-soldadura y la esperanza. Cada uno llevaba una bandolera de granadas también, siendo necesario un solo tirón pin necesaria para activar toda la cinta y derribar la puerta de carga, así como gran parte del techo, sobre cualquiera que intentase entrar y no debería estar.

Parpadeantes tiras de lúmenes apenas invitaban a entrar, pero cuando Vogarr nos saludó con la mano, Usabius y yo pisoteamos ruidosamente hacia la luz, nuestras fuertes pisadas resonando contra la cubierta de metal bajo nuestros pies.

Fuimos recibidos por Haukspeer, quien se acercó a nosotros por una avenida de camillas y literas hermanadas y miró fríamente al cadáver que habíamos traído con nosotros.

-¿Te das cuenta de que está muerto? –me preguntó el apotecario, secándose el sudor de la frente con cuentas de alabastro. En la iluminación sombría de la bodega de carga, su tez blanca tomó un cariz visceral. Sus ojos, como vetas de azabache, no revelaron nada.

Con cuidado, tumbamos al guerrero herido, permitiendo que el otro hijo de Corax le examinara. Había manchas de carmín en el rostro del apotecario; detrás de él, un rastro de sangre delataba su camino hasta donde un enfermo terminal que había sido operado se convulsionaba.

Con un movimiento de su muñeca, Haukspeer desplegó la jeringa en forma de lanza de su reductor. Mientras se colocaba de rodillas, me preguntó: -¿Podrías desabrochar la coraza, por favor?

Haukspeer había perdido un brazo. Terminaba en un muñón cauterizado justo encima de donde estaría el codo. No parecía inhibir su habilidad como apotecario. No menos de diecisiete hermanos de batalla habían sido traídos del borde del abismo por sus habilidades. Muchos más siguieron viviendo a causa de sus continuas ministraciones, los sesenta o así que nos rodeaban ahora en las camas improvisadas. Esta era la enfermería de Haukspeer, y estaba llena. Varios de los heridos habían perdido extremidades o sufrieron quemaduras graves. Otros estaban ciegos o paralíticos. Haukspeer los mantuvo con vida, aunque la mayoría jamás lucharía de nuevo. No era un ejército; que era una morgue en camino. Y Haukspeer lo sabía. Podía verlo en sus ojos, la cansada resignación ahuecándole con cada día que pasaba. Esto no era resistencia, era existencia. Los pocos soldados del Ejército Imperial que habíamos rescatados murieron rápidamente y los que vivían lo hacían en un estado catatónico entre el miedo y la negación. Algunos eran usados como ordenanzas, llevando y trayendo, limpiando la sangre, pero ahí terminaba su utilidad.

El Guardia del Cuervo que Usabius y yo habíamos traído de vuelta iba más allá incluso de la capacidad para sanar del apotecario.

Quité la coraza delantera, y Haukspeer recuperó la semilla genética. Una vez que la aseguró de en uno de los tubos conectados a su guantelete, se demoró en la más

grave lesión en el cuello de su hermano de batalla. Echando un vistazo al puño de combate de Usabius, leyendo la rigidez en el lenguaje corporal de mi hermano, supe que había hecho la conexión, y pensé que Haukspeer iba a decir algo.

Lo hizo, pero no lo que yo esperaba.

-Ruuman os está esperando en la sala de armas -dijo él, dándonos la espalda a ambos, reabsorbido en su trabajo.

Nos alejamos de Haukspeer, atravesando las filas de literas, hacia la parte posterior de la bodega de carga y la armería más allá.

-Él lo sabe -siseó Usabius cuando nos habíamos separado compañía del boticario.

Asentí con la cabeza. Más allá de mi complicidad y sanción, me sentía tan mal como Usabius pero no hablamos más de ello. Nada de ello realmente importaba ahora. Ni siquiera estaba seguro de por qué nos habíamos molestado en arrastrar al pobre Guardia del Cuervo muerto por las arenas de Isstvan, añadiendo nuestro insulto a su lesión.

Me sorprendí cuando un legionario extendió la mano hacia mí, agarrando mi muñeca.

No le reconocí, pero sabía que era de mi Legión. Estaba tuerto, el ojo crudamente arrancado, y su pierna derecha cortada cerca del abdomen. Un régimen de medicamentos alineados con fuerza en su brazo lo mantenían consciente, pero apenas lúcido. Era casi la misma historia a lo largo de la bahía de carga que ahora servía como enfermería.

-Tú eres Lord Ra'stan -dijo en un susurro agrietado.

-No soy un señor -le dije. –Solo Ra'stan ahora -puse mi mano sobre su pecho para calmarlo. -Descansa tranquilo, hermano.

-Yo serví en tu compañía -jadeó y trató de cerrar de golpe su puño contra su plastrón roto hasta que lo dejé.

Mis ojos se estrecharon cuando busqué el nombre. -Ik'rad -dije. Él asintió con la cabeza. Sonrió. Tal cosa pequeña que significaba tanto.

-¿Encontraste... -preguntó, -*le* encontraste?

Algo frío llegó desde mis entrañas y me apretó el corazón. Me sorprendió lo ahogada que fue mi voz cuando finalmente salió.

-No -entonces añadí tontamente, -Todavía no.

Acababa de hacer una falsa promesa a un hombre moribundo.

-Encuéntralo –resopló el legionario herido, perdiendo fuerza disminuye a medida que me soltó y se hundió de nuevo en la camilla.

-Lo intentaré.

El Salamandra tendido me dejó ir, pero mi mano seguía firmemente envuelta alrededor de su antebrazo cuando sentí el agarre de Usabius sobre mi hombro.

-Ruuman espera -pronunció en voz baja.

Dejé ir a mi hermano moribundo, asentí lentamente y juntos caminamos sin incidente. Mantuve los ojos al frente todo el camino hasta la parte posterior de la bodega de carga, pues no quería otro encuentro como el uno con el hermano Ik'rad.

Al llegar a la parte trasera de la bodega, donde las filas de literas y guerreros desplomados finalmente terminaban, nos enfrentamos a un panel de presión en el muro. Era una placa de metal lo suficientemente simple al lado de otra, más pequeña; una puerta.

Golpeé.

El metal pulido asaltó nuestros oídos cuando la armería se abrió para nosotros, pero sólo parcialmente. La puerta se detuvo a medio camino, gritando en protesta por servos cuya vida fue alargada más de lo debido. A través de la brecha pude ver una sombra más profunda, iluminada incluso peor que la enfermería, y una figura solitaria trabajando dentro de su taller.

-Entrad–dijo la figura con una voz hueca que tenía más en común con el acero y engranajes que la carne y la sangre. Pero para aquel entonces Erasmus Ruuman era más máquina que hombre.

Golpeé el panel de presión de nuevo, esta vez con mayor fuerza. Una agitación mecánica bajale siguió, pero la puerta se abrió.

Entramos.

-Se atasca de nuevo.

-Así es, nacido del hierro -le contesté.

-Confundes una declaración para una pregunta, hermano Ra'stan -Ruuman hizo una pausa en sus labores. Estaba abriendo y fijando un alijo de armas. Vi seis bólter y los restos parcialmente desmontados de una montura Rapier, pero era un proyector de conversión roto lo que atraía la atención del nacido del hierro. -Una patrulla lo encontró -explicó, -confío en que pueda ser reparado con un sesenta y tres por ciento de efectividad. Tienes problemas con la prótesis -añadió, dejando el proyector y encarándonos.

Toda la mitad inferior de la cara de Ruuman era biónica, también gran parte de su torso. Estaba mezclado hábilmente con su servoarmadura y le daba al nacido del hierro una apariencia irrompible formidable.

Asentí con la cabeza. -¿Otra declaración, nacido del hierro?

-Sí -se arrodilló para inspeccionar mi pierna ortopédica. Ruuman rebuscó en una caja de herramientas anclada magnéticamente a su cinturón y se puso a trabajar, seleccionando los instrumentos que necesitaba a través del tacto y de la memoria, sin mirar una sola vez. Hubo una breve pero manejable llamarada de dolor cuando rozó la armadura que había formado.

Después de unos minutos me preguntó, -¿Esto mejora tu eficiencia?

Lo comprobé. Sonrió.

-Mucho mejor.

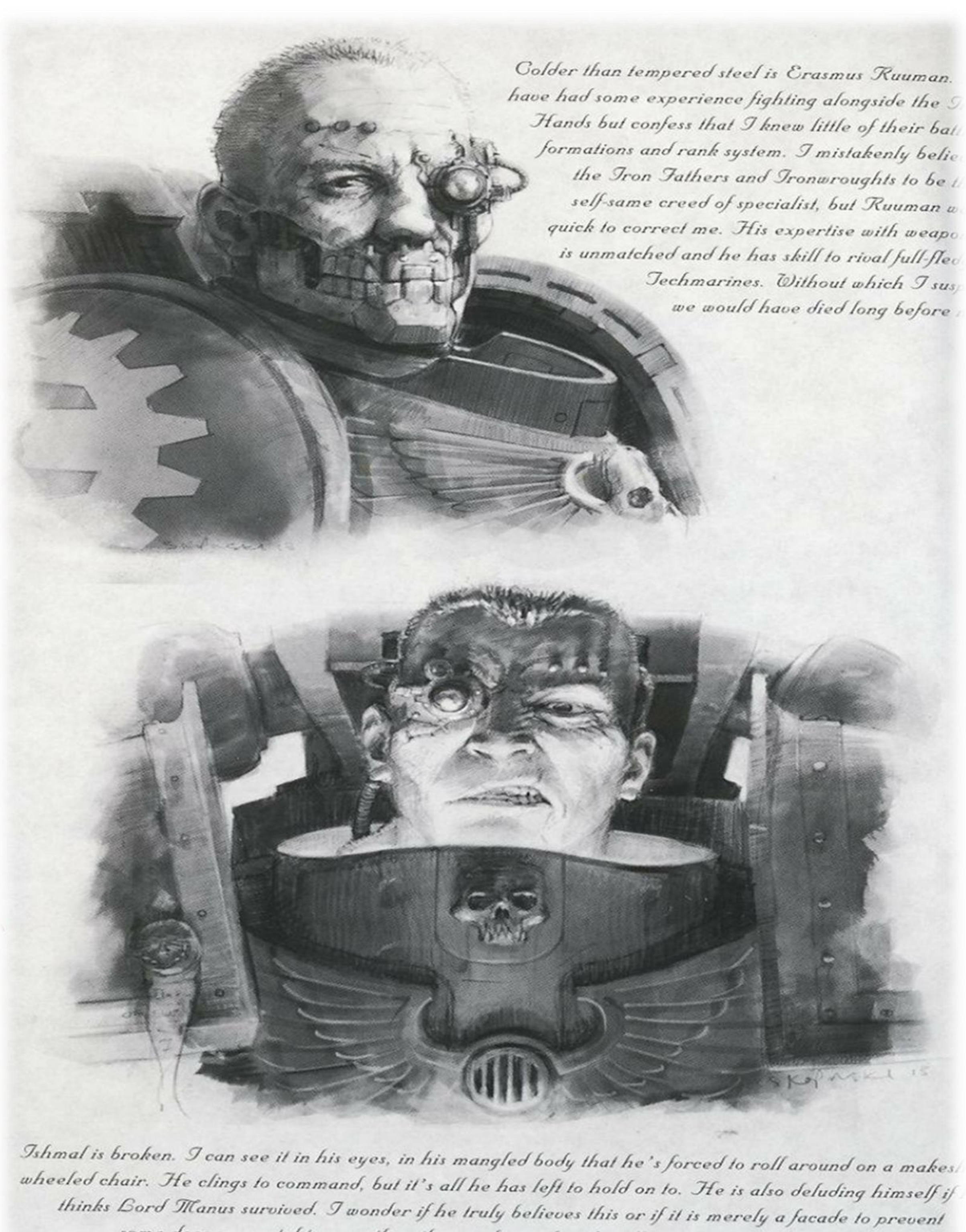
-Calibré una mejora de dieciocho por ciento, pero su eficacia máxima como miembro suplente corona el sesenta y siete por ciento. Los milagros, por desgracia -añadió, -están más allá de mí.

Puse mi mano sobre su hombro. -En cualquier caso, gracias, hermano.

Se levantó sin reconocer mi gratitud.

Erasmus Ruuman no era un Padre de Hierro y no poseía la capacidad técnica de tan augusto consejo, pero conocía las armas y había aplicado ese conocimiento a

otras máquinas necesitadas de reparación. Además de mi pierna, había reparado la nave de desembarco y la mayoría de sus sistemas dañados, incluyendo la luz, el calor y el oxígeno-lavado, a pesar de los daños catastróficos que había sufrido cuando nos estrellamos en las montañas. La única cosa que no podía hacer era hacerla volar de nuevo.



El golpe mortal fue entregado por uno de los nuestros. Cuando se produjo el ataque a la zona de desembarco, estábamos brutalmente sin preparación. En lo que parecieron segundos, Ferrus Manus fue asesinado, su tan cacareado clan Avernii casi aniquilado y la Guardia del Cuervo y Salamandras lisiados sin el conocimiento de si sus señores estaban vivos o muertos.

Todavía no lo sabíamos.

Recuerdo la explosión de ruido a través del vox cuando sucedió. Al principio había pensado que era estática, causada por algún tipo de electromagnetismo, pero ahora sé que se estaba gritando mil órdenes diferentes a la vez. El resultado fue un caos total. La consolidación y la represalia fue nuestra primera respuesta. La tierra se volvió fangosa con nuestra sangre derramada poco después, así que la retirada fue la única táctica viable que nos quedó cuando eso sucedió. Recuerdo caer de nuevo a la zona de desembarco, serpentinas de misiles y explosiones de fuego trazador sobre nuestras cabezas, pero no tengo ningún recuerdo de entrar en una nave. Pero de alguna manera todos lo hicimos; unos pocos supervivientes logramos salir de la tenaza y escapamos de la primera ola de sacrificios. Unidos por el caos, Salamandras, Manos de Hierro y Guardia del Cuervo lucharon por sobrevivir. El orden fue abandonado. Ninguna retirada de combate, sino una derrota, una masacre.

Nos metimos en el aire, quemando los propulsores, las llamas lavando nuestro casco y las alas, la proa husmeando a través de bancos de humo. Unos segundos más tarde algo nos golpeó. Lo sentí a través de la bahía de carga donde me agaché con cuarenta y tres de mis hermanos y varios más que no eran de mi Legión. Un par de Rhinos que teníamos en reserva se deslizaron de sus amarras y por la cubierta. Dos legionarios fueron aplastados cuando los vehículos rasparon la pared del compartimiento de carga. La gravedad los arrastró a través de la rampa abierta, barriendo otra media docena de guerreros con ellos al infierno fuera de la nave. Algunos lograron agarrarse, pero no tuvimos tiempo de alcanzar el corredor ventral y nuestras jaulas en la bodega de tropa, por lo que me agarré como pude.

La cubierta onduló... Todavía puedo ver la marca donde Ruuman la reconstruyó con soldadura y grapas industriales; y comenzó a deshacerse. A través de una herida irregular en nuestro fuselaje, a través de los cables de encendido o tuberías de ventilación integradas en la armadura de la nave de desembarco, vi Isstvan.

Era como un océano oscuro, salpicado de islas de fuego y ondulante con miles de guerreros que trataban de matarse unos a otros. Compañías blindadas enteras volaron en explosiones encadenadas cuando se desataron las armas de titanes, falanges de legionarios fueron exterminadas, incinerados a tal nivel que horadaron heridas en la tierra misma. Mi mente apenas podía comprender el horror que estaba dando testimonio.

Mi mirada se dirigió hacia el cielo cuando la sombra de otra nave de desembarco se deslizó por mi cara chamuscada. Cerniéndose sobre mí parecía masivo, tapando el sol por el que habíamos luchado tan duro para llegar sobre la capa de nubes. Tuvimos un impacto superficial, creo; su proa pasó por nuestro flanco, pero fue suficiente para derribarlo. La otra nave de desembarco era una bola de fuego. Vi cuerpos envuelto en llamas, envueltos por el calor, atrapados en sus servoarmaduras. Algunos saltaron, a pesar de que la caída era fatal. Algunos legionarios tenían retrorreactores. La mayoría murió en explosiones secundarias cuando sus turbinas sobrecalentadas detonaron. Los cuervos cayeron con sus plumas en llamas. Hierro cayó desde el cielo. Dracos quemados. El resto desgarrado por serpentinas de fuego antiaéreo de los cañones atrincherados en tierra, cortados por la mitad antes de que hubieran tenido clara su destrucción.

Vi a un grupo, una mezcla de Salamandras y Guardia del Cuervo, activando lanzaderas mientras se preparaban para evacuar a nuestra nave. No podía oír a través del rugido de salvas sangrientas y la detonación de las explosiones, pero su urgencia fue lo suficientemente clara, al igual que sus gestos para nosotros.

Sin embargo, el plan nació muerto. Una andanada de misiles de alguna batería invisible en tierra rompió sus lanzaderas en medio de la nave, vomitando una tormenta de fuego a través de su vientre que carbonizó a los comandos de la bodega y envió al olvido.

Me volví, intenté arrastrar a uno de mis hermanos conmigo, pero la conflagración se derramó de la nave muriendo más rápido de lo que pensaba, quemando mi servoarmadura e incinerando a mi hermano. Él se había ido cuando miré hacia atrás, y las marcas de las garras de sus dedos grabados en acero como única evidencia de su destino.

Dimos un vuelco. El casco gimió y se dividió de nuevo, creando microfracturas en las correas del metal.

Agarré un mamparo y me aferré, sintiendo la gravedad dejarme por un momento cuando un pervertido sentido de tranquilidad se hizo cargo.

Como un cometa, nuestra Stormbird cayó del cielo, pero cayó bien lejos de la Depresión Urgall. La gravedad reafirmó su dominio violentamente, golpeando mi cuerpo duramente contra la cubierta y rompiendo mi pierna. Impactamos en la montaña, rompiendo acantilados enteros y enviándolos al abismo abisal por bajo de nosotros. Nuestra integridad estructural se fue con ellos y caímos allí, un depredador herido listo para ser rematado en misericordia.

Casi listo, pero no del todo.

¿Cuántas sondas plantasteis esta vez? –preguntó Ruuman, con lo que mi mente volvió al presente.

-Seis–respondió Usabius.

El nacido de hierro asintió, y casi pareció impresionado.

-Fue un gran riesgo hacer eso.

-Esperemos que fructifique entonces -interrumpí. –Pues nosotros lo arriesgaríamos todo por esto.

-¿*Nosotros*? –preguntó el nacido del hierro. -¿Vuestra Legión?

Aunque yo sabía que era vehemente, no estoy seguro de que transmitiera el ardor de mi creencia en Ruuman, pues el nacido del hierro estaba muy divorciado de las emociones.

-Sí -le respondí, -todos los que todavía siguen vivos.

Ruuman sostuvo la mirada por un momento y luego nos dio la espalda, encendiendo un pequeño escáner sentado en un banco detrás de él y apartado de las armas. Era un espacio suficiente para los tres, pero sólo tres. Cuando la pantalla se encendió en una llamarada fea de neón verde, una voz detrás de nosotros dijo: -Llegas tarde.

Ishmal Sulnar esperaba en la puerta de la armería, de brazos cruzados. El Mano de Hierro era un bruto y llenó el ancho del espacio fácilmente con su imponente

silueta, pero no su altura. La cabeza de Sulnar apenas llegaba a dos tercios del marco de la puerta. Por los orgullosos Manos de Hierro fue entronizado en una silla de ruedas improvisada, parte camilla con ruedas rectificada parte chasis roto de una tolva de municiones.

Los pedazos de su servoarmadura habían sido destruidos durante los combates y el accidente. Sólo llevaba una sola hombrera, la izquierda, y ambos brazos estaban desnudos de avambrazos o guanteletes. El brazo derecho era completamente biónico, al igual que la mano izquierda y el ojo derecho. La retina carmesí parpadeaba a causa de sus anillos de enfoque dañados. Eso hizo a Sulnar perder enfoque a veces y algunas veces movía su boca en una mueca de desaprobación.

Gran parte de sus grebas desaparecían justo encima de las rodillas, como también sus piernas.

-¿Qué pasó ahí fuera? -preguntó.

Usabius no pudo frenar su ira.

-¡Una carnicería sucedió, Sulnar!

-Hermano contra hermano y miles murieron. Sobrevivimos a eso, si te acuerdas.

Tal vez fue culpa hablando. Nunca tuvimos la oportunidad de hablar de ello más tarde.

Sulnar desplegó sus brazos y me puse tenso por una fracción de segundo al pensar que podría golpear a mi hermano, aunque mantuvo sus ojos en mí. Tal vez él no podía cruzarse con la mirada de Usabius por miedo a lo que podría ver si lo hacía. El Mano de Hierro ya no podría caminar, pero sus puños no había perdido nada de su potencia.

Sulnar mantuvo su compostura, y levantó una mano apaciguadora.

-Lo recuerdo -contestó en voz baja. -Todos hemos perdido, hermano. Nuestros padres están desaparecidos y somos asediados por los enemigos que una vez llamamos los aliados... incluso amigos.

-Vuestro padre está…

Advertí a Usabius con una mirada. Sulnar se había engañado a sí mismo en la creencia de que Ferrus Manus no estaba muerto. Ninguno de nosotros había visto caer al Gorgón, pero los informes que habíamos oído dejaban pocas dudas. Aun así, no había nada que ganar en discutir sobre ello.

-Nada –cedió Usabius. -Lo siento, hermano. Mi templanza fue probada en demasía esta noche.

-Cargas con mucho -dijo Sulnar. Inclinó la cabeza una fracción, pero detectó el temblor de movimiento involuntario en el ojo biónico y se dio cuenta que estaba colgando de un hilo trémulo. Se soportaba estoicamente en la silla, pero era humillante. Cualquier contribución que pudiera hacer ahora sería mínima y no en la primera línea de una última resistencia, como sospecho que hubiera preferido. Éramos, todos nosotros, guerreros. Y, como tales, no nos toca elegir la manera en que morimos. Destripados por una docena de espadas, decapitados por un amigo juramentado vuelto enemigo, aplastados bajo las pisadas de un titán pesado; durante la masacre del desembarco fui testigo de todas estas muertes y muchas otras. Creo que, en el fondo, Sulnar hubiera aceptado cualquiera de ellas por encima de la suerte que le esperaba. Rechazó los gestos de contrición de mis hermanos.

-Y no tienes que disculparte -añadió. -Estos son tiempos difíciles para todos nosotros. Imposibles, incluso. Vuelvo a preguntar entonces, ¿Qué pasó?

Se lo dije, dejando fuera la parte donde Usabius aplastó el cuello del Guardia del Cuervo para mantener nuestro camuflaje. Sulnar parecía particularmente interesado en las patrullas enemigas y sus disposiciones.

-¿Encontrasteis algún otro grupo de resistencia? ¿Cualesquiera otras naves, ya sea terrestres o en órbita baja a la que podamos unirnos?

-No hay ninguna, hermano -le contesté.

Sulnar miró hacia abajo, pensando. –Lo intentaremos de nuevo mañana. Sólo mediante la creación de algún tipo de orden de batalla podemos aspirar a devolver el golpe a los traidores. Si pudiéramos hacer contacto con uno de los primarcas...

Usabius perdió los estribos otra vez, dispersando los objetos en el banco de trabajo de Ruuman por la ira psico-cinética. -¿Estás ciego de ambos ojos, Sulnar? No hay

resistencia. No estamos luchando una guerra de guerrillas. Se trata de la supervivencia todo el tiempo que podamos, no más.

Excepto que él y yo sabíamos que no era del todo cierto. No habíamos estado cargando con las sondas de Ruuman estos últimos días algo para ocupar nuestras mentes. Nuestro propósito era mucho mayor que eso.

Usabius salió de la sala de armas, moviéndose tras un Sulnar que parecía no darse cuenta o importarle, y continuó como si nada hubiera pasado.

-¿Os siguieron? -preguntó.

Negué con la cabeza. -Aunque sus patrullas se están ampliando rápidamente cada hora. No pasará mucho tiempo antes de que decidan aventurarse en las montañas y después de eso... Bueno, todos sabemos lo que pasará después de eso. El final de la línea para todo esto-añadí.

El estudiado silencio de Sulnar me ordenó continuar.

-Nuestro tiempo casi está agotado. No podemos quedarnos aquí más. Si lo hacemos, nos encontrarán y destruirán. Tenemos que seguir adelante.

Sulnar fue enfáticamente contundente. -No podemos -se removió en sus ruedas de manera que pudo señalar a la enfermería tras él. -No hay marcha. La mayoría de estos legionarios no logrará el viaje -en voz más baja, añadió, -no podré hacer el viaje. Esto es para la mayoría de estos guerreros, Ra'stan. Nuestra cruzada termina en las arenas negras de Isstvan, limitadas por la traición y el engaño. No creo que sea apropiado, pero soy lo suficientemente pragmático para darme cuenta de cuan irrefutable es nuestro destino.

-¿Y el destino de Lord Manus? ¿Por qué refutas eso?

Sulnar miró hacia abajo. -Porque tengo que creer en algo. Soy la mitad del legionario que era. No me puedo reconstruir, no en estas condiciones o con estos recursos, por lo que debo sentarme cuando preferiría estar de pie. Debo esperar cuando prefiero marchar con vosotros. Estas cosas no se pueden negar, y su peso sobre mí es pesado. ¿La muerte de mi padre? *Eso* lo puedo negar. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, hasta que vea su cadáver sin cabeza y no en mis pesadillas, elijo la esperanza sobre la desesperación. Vosotros lo hacéis, ¿Por qué yo no?

Era difícil discutir eso, y no me atrevería a hacerlo de todos modos. Pero eso no cambiaba algunas verdades universales.

-Se *acercan* -reafirmé. -Será pronto. Tenéis que estar listos.

-No se equivoquen –declaró Sulnar, inclinándose hacia delante en su silla para enfatizar sus palabras, -todos nos enfrentaremos con estos bastardos traidores sobre nuestro pies, Ra'stan, de una manera u otra. *Estamos* listos, porque no queda nada para nosotros salvo la retribución.

Yo estaba a punto de continuar, pero me di cuenta que era inútil seguir discutiendo. Sulnar se quedaría, por lo que otros lo harían, y al hacerlo encontrarían sus muertes como héroes. ¿Qué derecho tenía yo para negarles eso? Asentí con la cabeza.

Sulnar correspondió el gesto y después de unos momentos volvió a su puesta en común. "¿Sabía usted penetra más lejos en territorio enemigo? '

-Hemos hecho avances significativos hacia la Depresión Urgall. La mayor parte de las fuerzas del enemigo todavía se concentran allí, pero comienzan a ramificarse. Habrá lagunas en sus piquetes con una pequeña fuerza de comandos que podríamos explotar -me lamí los labios, sintiendo la boca repentinamente seca. -También creo que nos acercamos a su nave. Otra infiltración profunda y creo que la encontraremos.

Sulnar rodó hacia delante sobre sus ruedas para que pudiera poner su mano en mi antebrazo. - No tienes que hacer esto, Ra'stan.

Pero por supuesto que sí.

-Prefiero morir por ahí, en busca de esperanza, que atrapado aquí con vuestra desesperación y fatalismo como mis compañeros.

Miré a Ruuman, que estaba grabando afanosamente los datos sísmicos y de definición de las sondas de la región más allá.

-Los sensores tienen un alcance de cinco kilómetros en todas las direcciones -explicó a la pantalla donde esta esbozó lentamente una topografía accidentada de Isstvan. Los datos fueron fluyendo a lo largo de un lado de la imagen, demasiado rápidos para ser seguidos por un ojo normal, pero no para el nacido del hierro.

Un segundo más tarde y la imagen se derrumbó, la pantalla en blanco en un campo plano de neón verde. -¿Qué ha pasado? -le pregunté.

-Señal de interrupción.

Una o más de las duelas habían sido destruidas.

-¿Recibiste algo? -sonaba más urgente de lo que pretendía.

-Sí -respondió Ruuman. Apareció casi reacio a continuar.

Mi tono era deliberadamente impaciente. -¿Y bien?

-Es su nave de desembarco, sí.

Mi corazón saltó, pero lo sostuve rápido en el puño de mi propio pragmatismo.

-¿Intacta?

-Se estrelló a varios kilómetros de la Depresión Urgall, al norte de su última posición registrada, Hermano Ra'stan.

Luché para mantener mi compostura, ocultando mi esperanza con repentina acción directa.

-Tengo que ir de inmediato-le dije.

Usabius querría escuchar esta noticia.

-Este asunto debe ser discutido en primer lugar -dijo Sulnar mientras pasaba a su lado. –Será necesaria una estrategia. Reunir equipo. Incluso un legionario no vaga en territorio invadido por este tipo de enemigo sin antes detenerse a considerar tácticas. Tenemos que planificar nuestro próximo movimiento.

Yo le consideré con incredulidad. -¿Nuestro próximo movimiento? –le dije, deteniéndose delante de su plastrón descomunal pero mirando hacia el guerrero lisiado. -No hay más que un movimiento. Vamos y encontramos al primarca. Rescatamos a Vulkan.

Traté con fuerza de no tener esperanza. En Isstvan eso era una cosa cruel, caprichosa. Se deslizaba en el corazón, el alma, expandiéndose silenciosa pero

llenando el cuerpo con calor y vigor. Pero no era real. De lo que el esperanzado no se daba cuenta era que la esperanza era una llama que ardía desde dentro, convirtiendo su espíritu y su voluntad en cenizas para cuando se desvanecía, inevitablemente, dejando nada sino un cascarón vacío.

Si Vulkan estaba muerto como Ferrus Manus, juré que no presentaría la misma negación como Sulnar. Lo soportaría; lo haría estoicamente como todo hijo Nacido del Fuego de Nocturne, adiestrado en asumir la adversidad.

Si mi padre fue asesinado, me gustaría llorarle, expresar mi dolor en un acto final, violento, carmesí contra mis enemigos.

Pero si viviera...

La esperanza se encendió y luego supe que era su esclavo voluntario.

Encontré a Usabius hacia la proa. No era difícil de localizar. Las naves de desembarco son embarcaciones considerables, pero la mayor parte de la nuestra era inhabitable. Aparte de la enfermería de Haukspeer, la armería y el "strategium", como Sulnar se refería erróneamente, sólo había un lugar que quedaba por recorrer.

Estaba desgarrada y desigual, el techo cosa del pasado y ahora formaba parte de los escombros de la batalla de Isstvan. La nave de desembarco tenía una cabina de cuello largo y caminé toda la longitud como si fuera una procesión sombría. A ambos lados estaban los arneses de tropa, sus jaulas destrozadas y arrancadas. Cuando estaba a mitad de camino vi al francotirador. Blindados en hierro negro, la mano blanca estampada con orgullo, el hijo de Medusa parecía extrañamente a gusto con su posición.

Tarkan inclinó la cabeza hacia mí mientras caminaba por el pasillo gris a la cabina del piloto. Él estaba arrodillado, grabando algo en las paredes metálicas de la nave con su cuchillo de combate, y se levantó justo cuando me acerqué. Me detuve cuando me acordé de algo en su nido, pero Tarkan ya había desactivado las minas de proximidad antes de que yo llegase a la sección de la proa rasgada por los elementos. Después de eso sentí sus miras en mí hasta que salí de lleno a la penumbra.

No era la primera vez que venía aquí. Por lo general me encontraba solo y Tarkan parecía contento con dejarme así con mis pensamientos y preocupaciones. No me preguntó ni una sola vez por qué estaba aquí o trató de entablar una conversación.

Una luna roja bañaba con su luz. Era como un iris de sangre, su gran pupila negra creada por capas a la deriva de humo. La ceniza saturaba los mecanismos destrozados y tripas de la nave de desembarco de color gris-blanco. Las tuberías estaban obstruidas, así como los cogitadores y pantallas. Era como si el fuego hubiera decidido recuperar nuestra nave, arrastrándose de nuevo hacia abajo en un mar de polvo en el que habría silencio para siempre. Tal vez estábamos siendo arrastrados con ella, pues sólo el polvo se estaba moviendo demasiado lentamente para darnos cuenta de nuestro propio riesgo y por lo tanto, sería demasiado tarde para hacer algo al respecto cuando lo hiciéramos.

Mientras Tarkan nos dejó para regresar a las sombras, como hacía a menudo, me acerqué a Usabius y seguí su mirada a través de las montañas e Isstvan.

Otra cadena de montañas, el espejo de nuestras propias Colmillos Negros, se extendía hacia el sur. Detrás de él había un vasto y vacío salar, tan desolado como mi estado de ánimo. Las hogueras ardían todavía, más altas y con más ferocidad que nunca. Me recordaban a los hornos de alguna máquina infernal, alimentada por la traición y la traición. Era difícil calmar mi rabia al verlos, así que miré hacia otro lado.

-Una misión más, amigo mío-le dije.

Usabius se movió de su perfil. -¿Ruuman encontró algo?

Entonces mi hermano, también, había estado albergando la esperanza.

-La nave de desembarco del primarca. Confirmado.

Estaba sonriendo cuando Usabius me encaró. Incluso a través de su casco vi sus ojos iluminados como faros.

-¿Vulkan vive? -dijo, incrédulo al principio, pero luego con mayor confianza. -¡Vulkan vive!

Palmeó mis hombros, su voz acobardada por la emoción.

Le aconsejé cautela, aunque mis propias esperanzas empezaban a huir conmigo.

-Es sólo una Stormbird, hermano.

-¿Qué tan cerca del enemigo?

-Demasiado cerca, pero en potencia lo suficientemente lejos para que pudiera haber escapado sin ser detectado.

-Esta es una señal, hermano. Puedo sentirlo -Usabius apretó un puño y hubo un destello de azul cerúleo en los rescoldos de su iris. -Tenemos que salir de inmediato.

Puse una mano en su brazo. Firmemente.

-No. La depresión está plagada de traidores por ahora. Nuestra mejor oportunidad es esperar hasta justo antes de la noche de nuevo.

Usabius se mostró inflexible. -¡Puede que sea demasiado tarde!

Sostuve su brazo rápido. -Él ha sobrevivido tanto tiempo, hermano. Si fracasamos ahora, entonces no tendremos otra oportunidad. Si cualquiera de nosotros o el Primarca es descubierto merced a nuestra falta de preparación y precaución moriremos todos.

Usabius cedió y me dejó ir.

-¿Cómo se hará entonces?

-Sulnar quiere hablar de ello en el strategium.

-El cojo se ha vuelto loco, Ra'stan. Él todavía piensa que Ferrus Manus está vivo y no deca… -Usabius se detuvo, recordando a Tarkan. Bajó la voz. -¿Él decide esta misión?

-Él es el oficial de mayor rango.

-¿Y la mitad de un teniente no empatan con un capitán de batalla completamente digno?

-Cálmate. Estás dejando que tus emociones te abruman.

Dejándome ir, Usabius se dio la vuelta.

-No asistiré a su reunión -dijo rotundamente. -Te esperaré en la rampa de carga, listo para partir.

Bajé la cabeza. -Si ese es tu deseo.

-Lo es.

Me permití una pausa entre nosotros y dejé que la magnitud de nuestro descubrimiento nos llenase.

El primarca.

Vulkan.

-Había comenzado a desesperarme, hermano -confesé.

-Como yo –respondió Usabius, su voz apenas más fuerte que un susurro. -Si tan sólo pudiera utilizar mis dones...

El Edicto de Nikaeavio a Usabius reducirle a un soldado de línea, un guerrero que se convirtió en uno de mis subordinados cuando antes fue mi igual. Se echó al hombro la carga de buen grado y era un soldado ejemplar. Pero no fue la adhesión a un juramento anticuado lo que mantuvo sus poderes bajo control; desde la traición muchos del viejo Librarius habían estado a punto de dar rienda suelta a sus habilidades de nuevo; era el miedo.

No el miedo emocional, o temor a represalias o sanciones, sino más bien una falta de voluntad de abrirse a la miríada de tormento y angustia. Todo ese dolor, todo lo que la muerte destila en un solo golpe de fuerza psicológica. Cualquier intento de *encontrar* a nuestro padre de esa manera probablemente lo mataría a él y todas las personas cercanas en una detonación de energía psíquica.

Por lo menos, habría vuelto loco a Usabius. Me sorprendió que no se hubiera roto ya.

-Lo encontraremos, hermano -murmuré en voz baja.

-En la rampa de la bodega de carga -dijo. –Te estaré esperando.

Asentí con la cabeza, dejando a Usabius con sus pensamientos. Tarkan me detuvo mientras caminaba junto a él por el pasillo ventral. Puso su mano en mi hombro, pero no me miró a los ojos.

-¿Encontrasteis lo que necesitabais ahí fuera? -preguntó, su voz profunda y rallada. Me quedé desconcertado. -Mi hermano se unirá a mí más tarde -le contesté. Parecía

como si estuviera a punto de decir algo más cuando simplemente me dio unas palmaditas y dejó ir.

Bajé la vista hacia donde había estado anotando en las paredes de la nave de desembarco.

-¿Qué es eso? -le pregunté, viendo las letras trabajadas en el metal. Leí algunas de ellas: *Desaan, Vutlich, Konn'ador, Tarsa, Igataron, Mendenach.* Eran muchos nombres, pero no ordenados por Legión o compañía, más bien por la memoria. Supe entonces la respuesta a mi propia pregunta. Era un monumento.

-El viento aquí es duro -explicó Tarkan. -Esto erosiona las marcas. La ceniza las cubre también. Estoy asegurándome que no se olvidan.

No sabía que había un santuario dedicado a los muertos en la *Purgatorio* -le dije. -No tenía idea de que estuviera aquí y fueras su curador.

-No todos ellos están muertos –respondió Tarkan. -Algunos están simplemente desaparecidos -apartó una franja de cenizas, revelando dos nombres con los que estaba dolorosamente familiarizado.

Corax.

Vulkan.

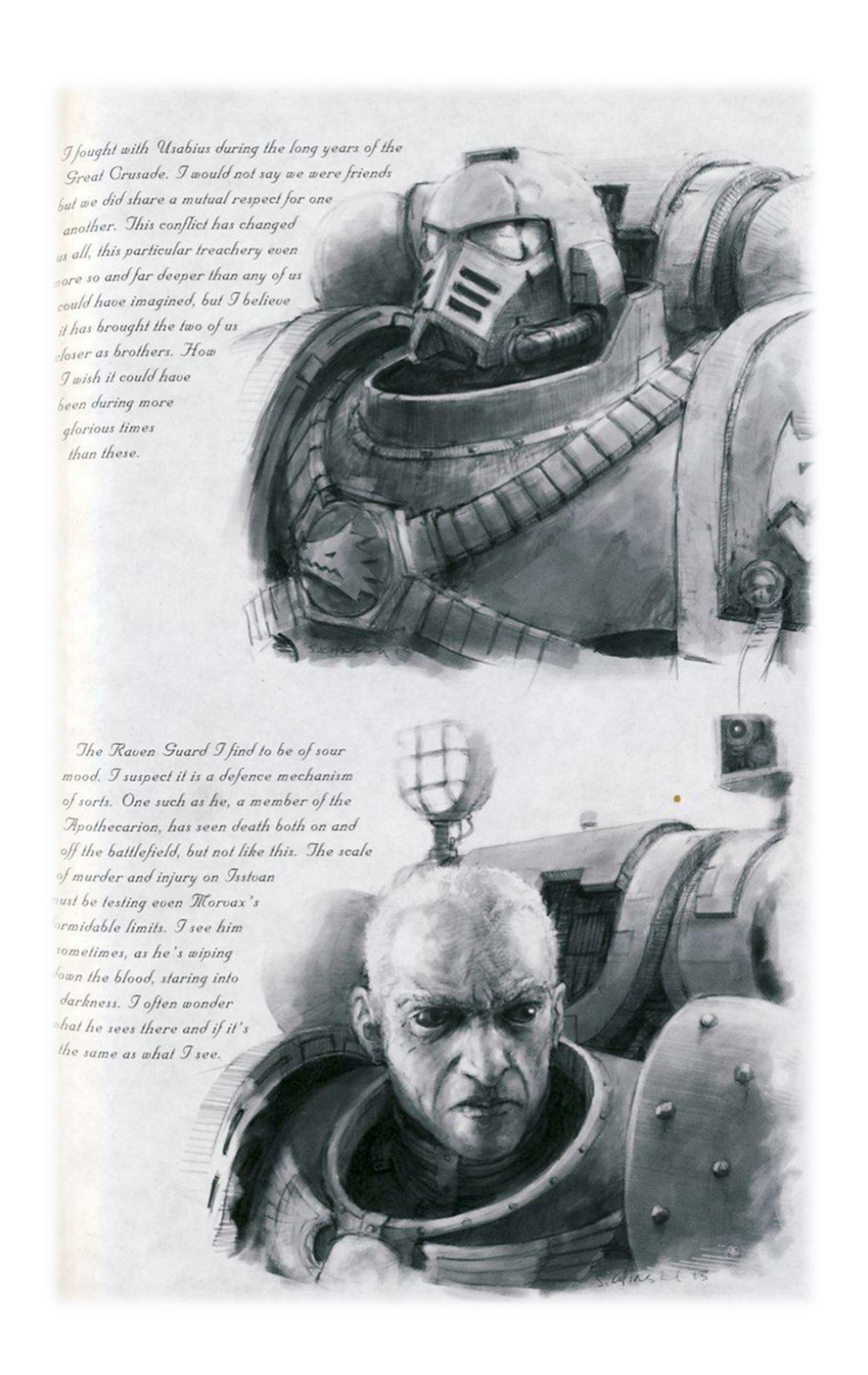
Tanto desaparecidos como vivos o muertos, dependiendo de con quien hablara.

-Creo que todos necesitamos recogimiento antes de que nos reunamos en la última batalla -dijo Tarkan. -Espero que consigas el tuyo. Espero que puedas sanar, hermano.

Realmente no sabía lo que quería decir, le di las gracias y me fui.

-El Emperador camina con vosotros-le oí clamar cuando salía del nido.

-Y contigo, Tarkan.


I fought with Usabius during the long years of the
Great Crusade. I would not say we were friends
but we did share a mutual respect for one
another. This conflict has changed
us all, this particular treachery even
nore so and far deeper than any of us
could have imagined, but I believe
it has brought the two of us
closer as brothers. How
I wish it could have
been during more
glorious times
than these.
The Raven Guard I find to be of sour
mood. I suspect it is a defence mechanism
of sorts. One such as he, a member of the
Apothecarion, has seen death both on and
off the battlefield, but not like this. The scale
of murder and injury on Isstvan
ust be testing even Morvax's
ormidable limits. I see him
ometimes, as he's wiping
own the blood, staring into
darkness. I often wonder
hat he sees there and if it's
the same as what I see.

Usabius era tan bueno como su palabra.

Después de nuestra discusión en la proa del barco, no levi el resto de la noche y todo el día siguiente hasta ese momento. Estaba esperando en la rampa de la bodega de carga, un bólter colgado en su correa al hombro, su puño de poder encerrando la mano y brazo derecho. También había rapiñado algunas granadas de algún lugar y se asentaban cómodamente en su cinta. Una pistola bólter yacía enfundada en su cadera derecha y había un par de cargadores extra en su cartuchera. El casco maltratado con su lente agrietada y marcas de quemaduras aún cubría su rostro.

Asintió con la cabeza cuando me vio.

Al regresar el gesto, Vogarr y E'nesh asintieron también.

Los centinelas no habían dejado su puesto. Sólo la muerte los distraería de su control. Al igual que Sulnar, habían aceptado su suerte y esperarían aquí el final.

Estaba a punto de hablar cuando Usabius inclinó la cabeza y vi a un tercer legionario unirse a nuestra fiesta.

-¿Qué estás haciendo aquí, apotecario? -le pregunté.

Haukspeer había emergido de las sombras, armado y blindado para la guerra. Despojado de su reductor, lo había reemplazado con una garra relámpago y la batalla-timón que llevaba era aguileña como la cabeza de un pájaro y negro como el carbón.

-¿No es obvio? -dijo, hablando a través de la rejilla vox de su casco aviar.

-Veo un legionario que ha abandonado su juramento de sanar y adoptado la postura de un guerrero.

-Nada tan poético, Ra'stan –respondió Haukspeer, aparentemente imperturbable por mi púa no intencional. -Quiero morir luchando con mis alas extendidas y un grito de guerra en mis labios, no enjaulado aquí con los heridos y los muertos - movió su garra relámpago, abarcando toda la bodega. -Mi utilidad como sanador ha terminado. Si lo que dices es verdad sobre que el enemigo avanza entonces he hecho todo lo que podía por estos legionarios. Preservarlos como están, para que tengan vida sólo para ser sacrificados después, no es por lo que llamaron al Apothecarion. Así que si no puedo arreglarles, entonces déjame *romperlos*. Me

gustaría matar a los enemigos de mi Legión y los enemigos del Emperador por última vez antes de que me entregue a la larga oscuridad y no vuele más -cerró el puño y provocó un choque de energía por sus garras. -Incluso si los enemigos son mis antiguos primos.

Miré de reojo a Usabius, quien dio la más mínima inclinación de la cabeza.

Me alegré, porque yo también quería al Guardia del Cuervo como parte de nuestra misión.

-Además –añadió Haukspeer, -solos lo único que obtendréis es que os maten.

El sonido de la silla de ruedas de Sulnar acercándose interrumpió mi respuesta, y me volví para mirar a nuestro comandante lisiado.

-El plan está establecido-dijo, -Vengo a desearos buena caza.

Me incliné ante el Mano de Hierro, que me regaló una media sonrisa sin alegría en respuesta.

-Los atraeremos y mantendremos aquí -prosiguió. -Pero nuestro sacrificio debe valer algo.

-Si Vulkan está vivo, nos encontraremos con él -le dije. Me quedé mirando a Sulnar por un momento, en su firme negativa a renunciar, su noble porte a pesar de sus heridas, y su orgullo fuera de lugar. -¿Seguro que no quieres venir con nosotros? Deja este sitio y encuentra otro santuario. Mantente en movimiento y vive, Sulnar.

-Del mismo modo que tienes que marchar, Ra'stan, algunos de nosotros deben quedarse atrás. Si los traidores se están concentrando aquí, entonces la ruta será menos peligrosa a causa de ello. Déjeme darte eso. *Déjanos* darte eso.

Estreché su antebrazo ante el agarre del guerrero. A Ruuman detrás de él, asentí.

-Haced que la escoria más allá de estas montañas se gane cada gota de vuestra sangre -le dije.

-Lo juro por la vida de Ferrus Manus.

Por desgracia, el juramento de Sulnar no era tranquilizador.

Y entonces la puerta de la *Purgatorio*s e abrió, devolviéndonos al infierno.

Lo renombré a informe de la misión. Sulnar miró largo y duro en la proyección hololítica de la zona de desembarco. En comparación con la magnitud de las fuerzas que habían desembarcado en ella y la cadena de montañas donde hicimos nuestra guarida, la Depresión Urgall era una zona modesta de unos veinte kilómetros de diámetro.

Una baliza solitaria, puesta allí por Ruuman, guiñaba con entusiasmo en la pantalla intermitente. Este era el lugar del accidente de la nave de desembarco de Vulkan como adivinado por las sondas de mapeo sísmico antes de que hubieran sido destruidas. La distancia desde la *Purgatorio* a la nave de desembarco no era despreciable. Trazamos varias rutas, parpadeando cuan líneas verdes rotas apenas visibles por la estática de la máquina. Aquellas que nos llevarían demasiado cerca de las disposiciones enemigas conocidas y la propia Depresión Urgall, donde se podía encontrar la mayoría de los campamentos traidores, fueron descontadas. Estas líneas cambiaron su tono a rojo, caminos demasiado peligrosos para cruzar.

Hablé poco durante la sesión informativa, pues mi afán de movernos nublaba mis pensamientos. Sentí los ojos de los demás sobre mí en todo, pesando y midiendo, como para determinar mi idoneidad para la tarea. Como uno de los Nacidos del Fuego, ¿Cómo no podría ser *más* adecuado? Quizás Usabius había hecho bien en abstenerse, pero uno de nosotros necesitaba representar a la Legión.

Vulkan era *nuestro* Primarca. Si vivía lo encontraríamos y traeríamos de vuelta.

Para cuando llegamos a la conclusión, Sulnar pareció satisfecho con eso, pero no cometería ningún recurso adicional a nuestra causa. Salir con fuerza sólo atraería la atención no deseada en nosotros y pondría en peligro la misión. Por lo tanto, la aparición de Haukspeer en la rampa fue doblemente sorprendente.

Así que ahí estábamos, cuatro legionarios en torno a un hololito parpadeante mirando a una luz verde quebrada como si su color pudiera hacerlo más seguro o con garantía de éxito.


Urgall Hills
N
Crucifixion Towers
Burning Hillocks
Crucifixion Towers
The Black Fangs and Purgatory lie this way
Crash Site
Valley of Bones
(there is a fog bank that perpetuates here – good cover)
Patrol Route
Kill-teams moving farther out. Soon, we will be discovered
Patrol Route
Crash Site
Stay away from this region – warbands gather here
Urgall Depression
Blind-hunters are Dark Mechanicum. Deadly
Patrol Route
Crash Site
Crash Site
No survivors here. All that went west are dead. Only traps remain
One night, on the western plain, I heard ritual chanting and saw an altar erected

Nuestra ruta elegida no estuvo exenta de peligro. Dejamos las montañas, dos guerreros envueltos en las sombras, uno parte de las tinieblas, y fuimos al sur. Nuestro camino nos llevó a través de cementerios de vehículos, campos de vehículos rotos y eviscerados, de naves estrelladas y las figuras enterradas de carros de combate muertos. Los restos eran densos aquí, las bodegas de carga y cabinas de la tripulación limpias de la vida y por lo tanto de escaso valor cuando se trata de nuestros enemigos.

Sólo unos grupos esporádicos de cazadores nos frenaron, escuadrones de la muerte de los Devoradores de Mundos que levantaron una oleada de ira en Haukspeer que refrenó rápidamente antes de exponer nuestra posición. Habían llegado al sistema Isstvan antes, la Guardia del Cuervo, tocando tierra en el tercer planeta, en el Valle Redarth, para regocijarse en otro mundo sometido e iluminado por la Verdad Imperial. Esa luz tenía manchas de sombra en ella ahora, manchada como un viejo lumen, de color marrón en los bordes y vacilante, a punto de caducar.

Devoradores de Mundos, ya no los Perros de la Guerra, se oponían a su regreso. Lo sabía porque había estado al tanto de los informes tácticos, mirando en silencio solemne como muchos de mis compañeros hermanos-capitanes describieron cómo íbamos a luchar y matar a nuestros antiguos hermanos. También sabía, porque Haukspeer me describió el ataque, la ferocidad de la Legión de Angron y la perfidia que siguió cuando los Amos de la Noche revelaron su verdadera lealtad.

Donde antes teníamos rivalidades y aliados para medirnos, para aspirar y competir, ahora teníamos némesis, para cada uno de nosotros. Pensé en los hijos de Curze como los nuestros en muchos aspectos, por lo que pasó antes, durante los primeros años de la Cruzada. Había oído hablar de ello, en lugar de observar cómo se desarrolló, pero supe que había dejado una marca indeleble en nosotros y nuestra relación con los vestidos de media noche de la VIII Legión.

Dejamos el cementerio con la caída de la noche y los aullidos de la multitud enloquecida persiguiéndonos por la oscuridad. Hacia el oeste, bordeamos la franja de las Colinas Urgall, entrando en un terreno más accidentado donde la arena volcánica lamía el borde de una estepa árida como las olas de un océano negro y solitario.

Hasta otra subida, la estepa dio paso a alrededores más montañosos y pedregosos que coronaban una larga cresta oscura y miré un amplio valle de sombras aún más profundas.

-Recuerdo este lugar -dijo Haukspeer con suficiente aliento para ser escuchado. El apotecario había sido parte de un equipo de reconocimiento que había tocado tierra en Isstvan V, pero sólo encontraron cenizas y nada de la bucólica belleza original del Isstvan III.

El acantilado que caía en la distancia a pocos metros delante de nosotros era casi puro, pero no imposible de atravesar. A pesar de que había avanzado por delante de Usabius y yo para ver mejor el valle, me di cuenta de que se esforzó para no molestar cualquier pedregal en la cumbre de la cordillera. Diminutas piedras en cascada pueden parecer bastante inocuas, pero aún no sabía lo que se escondía en el valle de la oscuridad, si estaba dormido o estaba esperando a su presa.

Aunque hicimos todo lo posible para ocultar nuestra llegada, hubo vida aquí una vez -dijo el Guardia del Cuervo. -Brezo verde y púrpura, liquen de un azul cobalto profundo que se aferraba tenazmente a la roca pálida. El oscuro suelo arcilloso era propicio para el crecimiento. Loherimos, pero esto... ahora...

Era un terreno baldío que se extendía ante nosotros: roca desnuda, arena dura, tierra muerta. Nada podría vivir aquí nunca más.

-Eso era el Valle Redarth -afirmé. -En Isstvan Tres, hermano. No aquí. No en este mundo.

-Por supuesto... –tropezó Haukspeer. Las largas noches habían hecho mella en todo, desafiado nuestro sentido de la realidad. -Tienes razón. Esto no es Redarth.

Él asintió solemnemente, demasiado contrito a hablar más al principio.

-Esperad aquí mientras yo exploro el camino a seguir -dijo al fin. Luego desapareció, un fantasma mezclado en las sombras y convirtiéndose en una parte concomitante de ellas.

Sólo cuando el Guardia del Cuervo había estado ausente durante varios minutos Usabius habló.

-Es un milagro que hayamos llegado hasta aquí, hermano.

-Y sin embargo, aquí estamos. Sulnar fue inflexible en que su sacrificio abriría la puerta a un territorio de los traidores a nosotros. Parece que tenía razón -miré hacia el norte, detrás de nosotros y luego al oeste hacia la Depresión Urgall. Los

incendios eran más brillantes y más altos que nunca, quemando el cielo con sus garras calientes. Escuadrones de la muerte estaban en movimiento y escuché sus cuernos fuertes y discordantes a todo volumen en la noche. ¿Una llamada a las armas, al asesinato o el simple anuncio de supervivientes encontrados y arrastrados a la caza?

La voz de Usabius me trajo de mi morbilidad. -En el otro lado de este valle se encuentra lanave de nuestro padre. Vulkan puede estar a nuestro alcance.

-¿Has pensado en lo que vamos a hacer si lo encontramos? -me volví a mirar a mi hermano, haciendo hincapié en la posibilidad de mi pregunta.

-*Cuando* leencontremos, quieres decir.

-No, *sí*.

Usabius murmuró algo. Por un momento pensé que su enojo e indignación estallarían de nuevo, justo como lo había hecho anteriormente a bordo dela*Purgatorio*, pero se desvaneció.

Capitulando, sus hombros se hundieron una fracción.

-Tenía la esperanza de que el primarca sabría qué hacer.

-Ahora, más que nunca, necesitamos su guía -dudé de hablar en voz alta lo que estaba pensando, pero evitar no era mi estilo. -¿Y si encontramos su cuerpo, si *está* muerto, qué entonces Usabius?

Mi hermano suspiró, una larga y profunda exhalación, llevándose consigo toda su ansiedad e incertidumbre. -Entonces marcharemos durante el tiempo que podamos, en honor a la memoria de Vulkan y carbonizando a nuestros enemigos.

Fue una buena respuesta.

-Hasta el yunque, hermano -le dije, lleno con el fuego de la afirmación.

-Hasta el yunque -se hizo eco Usabius.

Un segundo más tarde, me di cuenta que Haukspeer regresaba de su reconocimiento. Después de darme una mirada curiosa, inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, como un pájaro, y dijo: -Hasta donde yo sé, el camino está libre durante los primeros kilómetros por lo menos. Pero hay algo en el aire de

este lugar... -hizo una pausa, y oí la inquietud que sentía en su voz cuando continuó. -Permanecer demasiado en este valle no sería prudente, creo. Todos mis instintos me están gritando que lo evite.

-¿Igual que en una emboscada? -le pregunté.

Haukspeer dijo. -Algo más, algo que no puedo identificar.

-¿Podríamos bordear el valle, arriesgarnos por el margen de las Colinas Urgall?

Haukspeer negó con la cabeza a medida que dio la vuelta para hacer su descenso por segunda vez. -Es demasiado peligroso. Nos dirigimos hacia abajo, así que ojos y oídos bien abiertos -él miró sobre su hombro, sobre el generador de poder silencioso que alimentaba su armadura. –Yo lideraré.

Usabius se encogió de hombros hacia mí y seguimos al Guardia del Cuervo en las sombras.

Perdimos de vista a Haukspeer casi inmediatamente después de que llegásemos a los pies del valle. Era una cuenca profunda, angular y estrecha como una hoja dentada, pero lo suficientemente amplia como para dar cabida a tres legionarios.

En cuestión de minutos sentí la misma sensación intangible que inquietó a Haukspeer. Con menos de cien metros de ancho, una extraña sensación angustiosa se apoderó de mí. Como espinas en la boca, aunque no hubiera sangre o arena bajo mis uñas a pesar de que mis manos estaban encerradas en ceramita. Un picor era la única manera que se me ocurrió para describirla, como un punto de mira en la parte posterior de la cabeza o un cuchillo a un pelo de mi garganta expuesta.

-¿Lo sientes? -pregunté Usabius en un susurro.

-Como si masticara clavos oxidados o caminase sobre vidrios.

-Sí -le dije, dándome cuenta de que nos habíamos detenido. Revisé la pantalla retinal en mi casco. La lectura de distancia desde que habíamos puesto un pie en el valle era ochenta y ocho punto ocho-ocho metros.

Precisamente.

-Extraño... -murmuré.

El vox crujió en mi oído.

-*He encontrado algo* -la voz de Haukspeer sonaba tensa.

-¿Estás bien, hermano? No suenas…

-*Ven pronto, y en voz baja. Sigue la ruta hacia mi transpondedor exactamente, sin desviaciones* -dijo, y agregó: -*No puedo creer que no lo viera antes* -luego cortó el enlace.

Haukspeer no estaba lejos. Estaba agachado sobre un montículo de piedras, examinando cada una con la punta de su garra de rayos.

Tan pronto como llegamos a su posición revisé mi pantalla: quinientos doce metros. De nuevo fue una lectura exacta, terminando en cero en el momento en el que dejé de moverme.

-Ocho veces ocho veces ocho... -respiré.

Haukspeer se volvió bruscamente. -¿Qué dijiste?

-No sé por qué dije eso -hice un gesto hacia el montículo. -¿Qué estás mirando?

Tenía dos veces la altura de un legionario, con una amplia base cónica hasta su punta. Velado en polvo volcánico y cenizas negras de Isstvan, era difícil distinguir lo que era.

Tentativamente, Haukspeer apartó la peor parte del polvo y vi una calavera debajo.

Mi corazón dio un vuelco mientras luchaba por contener la bilis en el estómago, apagando la furia que calentaba mi rostro y cuerpo.

-¿Son ellos lo que creo que son?

Haukspeer sólo pudo asentir. Cerró el puño, liberando una oleada de energía a través de sus garras.

Usabius estuvo igualmente estupefacto al principio.

Era una montaña de cráneos, los jefes de nuestros hermanos legionarios. Quedé estupefacto por cuantos.

-Habrá venganza por esto –silbó Usabius.

-Mira a nuestro alrededor -dijo Haukspeer, perdido en el pozo de su propia desesperación privado.

Lo hice.

Desapercibido hasta ese momento, estábamos rodeados de pilares de cráneos como los restos óseos de una vasta y antigua ruina. Envueltos en negro volcánico, variaban en tamaño y forma. Algunos eran columnas, otros eran llanuras planas de hueso o carreteras sinuosas formadas por la muerte de nuestros hermanos.

Bajo nuestros pies, el suelo crujía como la pizarra o el banco de casquillos de algunos cabeza de playa. No era ni lo uno ni lo otro; caminamos sobre los esqueletos de nuestros parientes muertos, moliéndolos hasta el polvo a cada paso.

Ira, incipiente pero creciente, me llenó. Como si alguien hubiera activado un interruptor en mi mente, de repente me vi poseído por el deseo de matar a los responsables de esto. Un rojo odioso nubló mi visión y me dio la bienvenida. Escuché el latido de mis propios corazones desbocados en mi cabeza; después de un tiempo sonó como un canto.

No, espera... Era un canto.

-¿Oyes eso también? -le pregunté, hablando con los dientes apretados. Mi mandíbula estaba conectada con tanta fuerza que pensé que iba a romperse. Usabius asintió.

-Lo he oído -gorgoteó Haukspeer entre la saliva en las comisuras de su boca.

De la mía también salía espuma, y sabía a sangre.

-Por aquí-dijo Usabius, y seguí su dedo extendido, tembloroso.

-Viene de esta dirección -dijo Haukspeer. A través de la percusión de la sangre en la cabeza, me pregunté si había oído a mi hermano.

Nunca lo averiguaríamos. Cuando partí tras del sonido cantando, le seguimos.

Heridas de arma, tanto antiguas como reciente entre cruzaban la piel del guerrero dando tumbos, que también estaban marcadas por agujeros de bala cubiertos de costras. Parches de lo que parecían continentes enteros de magulladuras diseñaban

un mapa de escarificación que se extendía a través de su amplia espalda. Él era muy musculoso, incluso para un legionario, abultado obscenamente, hundido en sus patas y rascándose sin cesar el cráneo hendido presa de sus dedos carnosos. Una gran melena pelo negro hirsuto se arrastraba por debajo de su cráneo y le recorría la columna vertebral hasta la parte superior de sus rodilleras. Cadenas envolvían sus muñecas en lugar de brazales y aunque trabajaba los cráneos con el fervor de un matarife, también poseían la habilidad de un carnicero.

Habíamos caído en el valle oscuro donde una vez Haukspeer puso un pie durante tiempos mejores. Cómo los cambios hicieron de este supervisor el único ocupante del valle. Y él *era* un bruto. Sabía que los Devoradores de Mundos eran perros rabiosos, pero la Legión de Angron había caído lejos si despellejaba la carne de sus hermanos y mostrar sus esfuerzos como trofeos macabros.

Un hacha fue plantada en la tierra cercana, su hoja manchada de óxido rojo. Junto a ella había una pila de cuerpos, despojados de servoarmaduras y atavíos, desnudos para el afán del carnicero. En el lado opuesto del Devorador de Mundos estaba su cosecha encarnada, huesos listos para la lomita fresca que estaba construyendo.

Era ritual, cualquier observador casual podría ver eso, y resultó muy duro presenciarlo para mi estómago. La repulsión rápidamente dio paso a la ira, al sentir mi sangre revolverse en empatía extraña con los hechos ante mí.

Haukspeer ya se había levantado de donde nos habíamos escondido, encendiendo su garra relámpago en una explosión de energía azul.

Olisqueando, aparentemente olfateando el aumento repentino de ozono, el Devorador Mundial surgió. Era una cabeza más alto que yo, lo que significaba cabeza y hombros por encima de Haukspeery justo por encima Usabius. El cráneo en el que había estado trabajando se descartó, cayendo con estrépito al suelo como despojos olvidado, y el Devoradorde Mundos tomó su hacha rojiza en su lugar. En el otro lado, todavía agarraba el cuchillo curtidor.

Así de febril fue el carnicero en sus trabajos que su torso desnudo estaba pintado de color rojo, así como su casco cornudo, los familiares blanco y azul legionarios casi borrados por la sangre. Vi las marcas grabadas en él, una figura ocho veces en cada templo y un dispositivo extraño estampado en la frente. Era tribal, antiguo más allá de lo posible; un rostro anguloso gruñendo.

El bestial Devorador de Mundos se hizo eco de la marca en su expresión. Había arrancado la boquilla de su yelmo y pude ver sus dientes afilados a medida que se extendieron en una sonrisa salvaje.

No era propio de Haukspeer atacar tan descaradamente, en contra de las tácticas de la Legión, pero para entonces nada de este encuentro era típico. A pesar de que me abracé a mi propia ira, no pude evitar la sensación de que estábamos siendo manipulados por algo en este valle, algo burbujeando bajo la superficie y que ahora despertó gracias a nuestra presencia. No sabía cómo podía estar al tanto de esto, ni por qué mis compañeros parecían ignorantes del hecho, pero no podía negar la molesta sensación.

No importaba. Sólo quería matar.

Haukspeer atacó como un loco, saltando sobre el Devorador de Mundos con una maldición aviar chirriando de sus labios.

El Devorador de Mundos detuvo el garra relámpago, un golpe todo-o-nad apartió el hacha guerreros en dos, pero le dejó ileso. Él respondió con un fuerte puñetazo en el estómago de Haukspeer que dobló al Guardia del Cuervo mientras agrietó su plastrón, levantándolo unos pocos centímetros del suelo. Se tambaleó hacia atrás, jadeando ruidosamente por la parrilla en forma de pico.

Aturdido y sin aliento, Haukspeer gruñó y se abalanzó sobre el Devorador de Mundos de nuevo, pero el pesado guerrero movió con sorprendente velocidad, esquivando el golpe apresurado y conectando su grueso antebrazo a través de la garganta del Guardia del Cuervo, aplastándola.

Antes de que el Devorador de Mundos pudiera reclamar su presa, salté para ayudar a Haukspeer, que se había quedado prono y luchaba por respirar.

De cerca, el Devorador Mundial apestaba. Sangre, sudor, metal; era un olor embriagador que envió chispas negras a través de mi cerebro. La calima brillaba en el borde de mi visión en tonos rojos y enojados. Giré, haciendo contacto con el hombro del guerrero cuando sentí la picadura de su cuchillo curtidor bajo mis costillas. Él gruñó mientras la clavícula se derrumbó bajo mi ataque, y sentí su brazo izquierdo aflojarse. El derecho, el que sostenía el cuchillo, aserró. El cuchillo mordió través del blindaje, sus dientes tan hambrientos como el guerrero empuñándolo.

Golpeé, golpeando al Devorador de Mundos con mi puño, un golpe lo suficientemente fuerte para aplastar huesos y dividir varias costillas fusionadas.

Aun así el Devorador de Mundos cortó y yo podía oler mi carne cocinarse con la acción frenética de su cuchillo.

-¡Usabius! -grité, sin saber qué había pasado con mi hermano, pero vislumbrando en mi visión periférica al Salamandra de rodillas, agarrándose la cabeza y gritando.

Eso lo confirmó; algo oscuro nos había atraído hacia aquí y necesitábamos alejarnos de él lo antes posible.

Hice llover golpe tras golpe contra el Devorador de Mundos, golpeando su cuerpo, maceración su torso. Por fin la presión cesó, el cuchillo se detuvo y fui capaz de hundirme hasta las rodillas, con mi enemigo yaciendo muerto ante mí.

No, no sólo muerto... *Destruido*.

Con tanta sangre, el Devorador Mundial apenas era humanoide. Su cara y parte superior del cuerpo se habían ido, reducida a fragmentos de hueso salpicados de sangre. Había matado muchas veces, a veces de forma brutal, pero nunca así. Apenas reconocí el daño infligido como causado por mi propia mano y miré a mis dedos ensangrentados de pura incredulidad.

-Está mu… -comencé a decir cuando Haukspeer me derribó.

Gruñendo incoherentemente, el Guardia del Cuervo se abalanzó. Incluso con una sola mano, él era feroz y yo sentí el aguijón de su garra relámpago acariciando mi flanco derecho. Giré cuando caímos, usando mi peso para cambiar posiciones y liberarme de Haukspeer tan pronto como aterrizamos.

Él se puso de pie por primera vez. Apenas me puse sobre una rodilla, su garra relámpago emitiendo arcos de rayos a medida que se agitaba.

-¡Desiste! -le grité, apenas esquivando un golpe y sólo pude porque la finura habitual del Guardia del Cuervo fue usurpada por el frenesí. Eso, y que también seguía aturdido por el salvaje asalto del Devorador de Mundos. Parecía querer continuar la pelea, pero conmigo como su oponente.

Y durante unos segundos, yo también lo quise. Quería destripar al Guardia del Cuervo, romper sus frágiles alas y dársela de comer, aplastar su casco en forma de cráneo en mi puño, convertir en pulpa sus extremidades…

Sacudí ese pensamiento. Literalmente, lo *sacudí.* La neblina de enojo no se disipó, pero disminuyó lo justo para que pudiera ver sin mirar a través de una lente enrojecida.

-¡No eres tú mismo! -grité, adoptando una postura defensiva y tratando de encontrar a Usabius.

Haukspeer gritó, elaborando un golpe salvaje con la intención de eliminar de mi cabeza.

Repliqué, me acerqué al golpe y utilicé mi brazo para romper el ataque. Con mi mano fantasma le guantee, abollando un lado de su casco y derribándolo de costado.

-Haukspeer -grité, -estás luchando contra un aliado. Soy yo. Ra'stan -supliqué. No porque me daba miedo que me iba a matar, sino porque no quería matarlo.

Pero el Guardia del Cuervo no estaba escuchando. Él se quitó el casco dañado, con una lene efervescente e inútil en el lado derecho, revelando la máscara de pura ira en su rostro de alabastro.

-*Misericordioso Vulkan...*-respiré cuando llegó a mí. Si no le podía traer de vuelta de esta rabia, tendría que matarlo.

Esta vez me apuñaló, usando su garra como un cuarteto de gladius. Cambié mi peso, haciéndose a un lado en el último momento, obteniendo una herida superficial debido a lo tarde que dejé el movimiento y estrellé mi codo en su espalda desnuda. El generador de energía se desplomó. Con un segundo golpe arranqué parte de su enganche y me llevé un grupo de cables con él. El efecto fue instantáneo, pues la servoarmadura de Haukspeer ya no era impulsada por esta fuente de energía externa. La repentina y masiva falta de potencia lo arrastró hacia abajo, más lento a medida que sintió la presión y gravedad endurecerse.

Usé mi peso para llevarlo al suelo, usando mi rodilla para sujetar el brazo de la garra y el antebrazo en la garganta.

-¡Usabius! -volví a gritar, pidiendo ayuda, pero también con cuidado de que mi hermano pudiera haber sucumbido a una aflicción violenta similar. No hubo respuesta y yo no lo podía ver, ni mirar a mi alrededor para averiguar qué había sido de él tampoco.

Ahora incapacitado, Haukspeer se estaba calmando. Con el final de la batalla, su biología se desaceleró de nuevo, devolviéndolo a la "posición de espera"en el que nuestros legionarios permanecen en equilibrio cuando no está en combate.

-Detente-le dije, tratando de calmarle con mi tono y cadencia.

Su pecho no estaba abarrotado con tanta rapidez tampoco, la saliva en su boca drenada, sus ojos ya no tan amplios y reduciéndose por el segundo.

-Detente-repetí, subiendo una fracción para medir si podía confiar en Haukspeer.

Respirando lentamente, dio una pequeña inclinación de cabeza, humedeciendo los labios secos y se tragó un bocado de saliva para humedecer la garganta seca.

-Estoy bien -dijo con voz áspera. -Déjame ponerme en pie.

Tenía que estar seguro.

-¿Quién es su Primarca? -le pregunté, manteniendo la presión.

-Corax.

-¿Y dónde está tu mundo?

-Deliverance.

-¿Y quién eres tú?

-Morvax Haukspeer, apotecario, Decimoctava Compañía de la Guardia del Cuervo.

-Me parece bien.

Lo dejé levantarse, negando mi mano ofrecida por orgullo. Luchó para que su generador de energía funcionara correctamente. Este farfulló, un zumbido vibrante claramente audible cuando antes estaba envuelto y en silencio. Le había robado, quitado su ventaja.

-Lo siento, hermano.

-No tenías opción –respondió el Guardia del Cuervo, pero noté que estaba amargado por la pérdida de su sigilo y vi como él hizo una mueca cuando trató de moverse con su armadura. -Se siente como el plomo -murmuró, gruñendo por el esfuerzo.

Alcancé a ver Usabius en mi línea de visión, también recuperándose, cuando Haukspeer pidió: -Ayúdame a quitarme algo de esto. Es peso muerto ahora.

El generador averiado, los avambrazos y pectoral fueron removidos. Tampoco su casco, contentándose con coger un puñado de la tierra oscura y frotárselo oscureciendo sus pálidas facciones.

Después de hacerlo, vi a Haukspeer probar su nuevo rango de movimiento y gravamen. Aunque parezca increíble, todavía era silencioso y tranquilo como una tumba.

-Tienes un don -le dije, encontrando la mirada de Usabius cuando se acercó por detrás del Guardia del Cuervo. Mi hermano me dio una mirada que decía que todo estaba bien, pero que la experiencia le había drenado. Decidí que mis preguntas podían esperar.

-Entonces no lo malgastemos –respondió Haukspeer.

Antes de continuar, sabiendo que no podíamos quedarnos, me agaché a considerar el cráneo que el Devorador de Mundos estaba inscribiendo. No lo recogí o toqué; un sentido innato de autoconservación, algún instinto primal advertencia me detuvo, pero vi la marca inscrita en el hueso. Era la misma que el traidor muerto llevaba sobre su frente: una cara cara angular gruñendo.

-Destrúyelo–susurró Usabius en mi oído.

Me levanté y lo aplasté mi bota, convirtiendo el cráneo en fragmentos.

Furia naciente persiguió mis pensamientos y comportamiento. Incluso este acto de destrucción simple, sin emociones, trajo consigo un deseo creciente de hacer más daño.

-Deberíamos irnos-dijo Usabius.

-Sí, marchémonos de este lugar -le contesté.

Haukspeer asintió. -No quiero volver a verlo de nuevo.

Sólo había muerte aquí ahora, filtrada en la tierra; muerte y odio y rabia.

De todo corazón, a toda prisa, dejamos el valle de los huesos detrás.

Me puse en cuclillas encima de un pilar de piedra, mirando a Haukspeer acercarse al borde de la zona del accidente en la distancia. Desde mi atalaya tenía una excelente vista de la región Urgall incluyendo sus cerros, llanuras de cenizas volcánicas y la propia depresión.

También pude ver las partidas de guerra hacia el oeste, pues no se me ocurre ninguna otra manera de describirlos; traidores migrando hacia una horda. Algo había despertado su interés y cuando parecieron estar dirigiéndose al norte, me pregunté si Sulnar había puesto su plan de martirio en acción.

-Nuestros encuentros en este viaje han sido misericordiosamente ligero, hermano -dijo Usabius, sentado en cuclillas a mi lado. Era como si pudiera leer mis pensamientos, y me hizo una seña a su observación.

-Pero ¿A qué precio? ¿Cuántas vidas legionarias se perderán por esta causa?

Al otro lado de la llanura, como hormigas que forman una colonia, los traidores comenzaron a converger. Algunos andaban en silencio, a propósito; otros coreaban o cabalgaban a lomos de columnas blindadas. Era una fuerza masiva, brutal, capaz de destruir cualquier resistencia realista persistente escondida en las montañas. Afortunadamente el *Dies Irae* había dejado desde hace mucho tiempo el planeta, sin duda, esclavizado a otra de las causas perdidas del Señor de la Guerra, pero la ausencia del Titán no proporcionaría suspensión de la ejecución por sus hermanos.

Usabius adoptó un tono conciliador, como si pudiera sentir la culpa y la angustia que sentí al dejar a nuestros aliados a la muerte. -Esas vidas ya se perdieron, Ra'stan. Se perdieron en el momento que los traidores volvieron sus armas contra nosotros y empezaron a disparar.

Sabía que Usabius tenía razón, pero eso no hizo que la visión de lo asesinos alegres de mis hermanos más fácil de sobrellevar.

Desviando la mirada, concentré de nuevo en el lugar del accidente.

Sin su armadura, el Guardia del Cuervo no era el fantasma que solía ser, pero todavía se movía con increíble sigilo, y perdí su vista en varias ocasiones mientras se abría paso entre los escombros.

-Como un fantasma -dije al aire.

-¿No es casi literalmente en lo que se ha convertido, en lo que todas las legiones destrozadas se han vuelto? -dijo Usabius.

-Excepto que la Guardia del Cuervo tiene la habilidad y el sigilo para convertir eso en un activo.

Haukspeer mantuvo su garra relámpago; de todos sus atavíos este aún funcionaba y era un arma formidable. Lo mantuvo bajo y por su lado, dispuesto a silenciar cualquier centinela. Durante mi carrera militar no he tenido muchas ocasiones para presenciar a la XIX Legión en combate, pero si se trataba de la eficacia letal de sus apotecarios, me estremecí al pensar de lo que serían capaces sus tropas de asalto.

-Caminando entre las sombras como si fuera parte de ellas -añadió Usabius.

-Afortunados, entonces, que lo tenemos como nuestro explorador -dije, lanzando una mirada de reojo a las Colinas Urgall a nuestra derecha y los sonidos del canto ritual ahora resonando en voz alta a través de ellas. Las bandas de guerra estaban convergiendo. -¿Qué les ha pasado? -le pregunté.

-Una semilla oscura se sembró dentro de ellos, hermano –respondió Usabius. -Echó raíces en sus mentes y cuerpos, y esto es la manifestación de la misma. ¡Este *mal*!

Reuní brevemente la mirada con mi hermano. -Experimentaste la fuerza pura omnipresente en el valle. Haukspeer casi me mata por ella.

-Sin embargo no sucumbió a sus efectos, ni fuimos sobornados por nuestros propios instintos naturalmente violentos. Si esto es algo que se podía combatir, entonces lo hicimos. Es por eso que nuestros hermanos se mantienen fieles a sus juramentos leales, creo.

Mis ojos se estrecharon mientras buscaba una verdad que Usabius estaba bordeando. -¿Así que no crees que esto sea simple rebelión?

-¿Lo que ocurrió en ese valle de cráneos fue *natural*?

-No -le dije, recordando la locura del mismo. Ahora me acordé, como si algo me hubiera secuestrado, o al menos devuelto a mis más bajos instintos. Tal vez no era algo extraño, después de todo, sino una parte fundamental de mi psique que mantenía oculto o con grilletes. Control mental xenos era algo que las Legiones Astartes habían encontrado antes, pero podía ser explicado en cierto modo. Era exactamente eso, *xenos*, pero la experiencia en el valle era diferente. Se sintió más como expresión, como una parte ya existente de mí siendo desatada y dada rienda suelta. Curiosamente, la realización de ello me molestó más ahora que lo pensé y entendí.

Le pregunté si Usabius había considerado lo mismo y pregunté: -¿Qué sentiste en el valle, cuando nos envolvió la rabia?

Usabius rehuyó mi mirada como si avergonzado de que él no quisiera, o no pudiera, venir en mi ayuda.

-No sé -dijo. -Era rojo y húmedo. Y el calor...Demasiado calor, como si estuviera mi cerebro se cocinara dentro de mi cráneo. Un avión no tripulado en mis oídos, mil veces mil gritos de guerra unificados en una sola nota de pura violencia.

-¿Mil veces mil?

Usabius hizo una pausa, como si no entendiera lo que quería decir, antes de que él respondiera: -No. Ocho veces ocho veces ocho veces ocho... Una y otra y otra vez. ¿Qué significa?

-No lo sé, hermano.

Debajo de mi punto de vista, Haukspeer indicó que estaba despejado y se mudó.

El lugar del accidente bajo nosotros no era tan profundo como el valle de cráneos. La mayor parte del fuselaje de la nave de desembarco dañada estaba en la cima de una cresta plana de piedra oscura, con restos menores y escombros esparcidos a su alrededor. Conté los cuerpos en medio de todo, unos pocos de la Guardia del

Cuervo y Manos de Hierro pero principalmente Salamandras. Eran objetos rotos, quemados, apenas reconocibles como los orgullosos guerreros de la Legión que una vez fueron. Los Marines Espaciales eran combatientes sin igual, bastante difíciles de derrotar y matar por cualquier enemigo, sin importar la raza o fuerza militar. Pero esa invulnerabilidad nunca había sido probada contra sí mismos, ni hecho frente a los rigores de un accidente devastador desde el borde de la atmósfera.

La evidencia de lo vulnerables que éramos era cruda, llenándome como una lección de humildad abyecta y la importancia de los peligros de la arrogancia.

Todos los heridos en la enfermería de la *Purgatorio* eran un poco difíciles de soportar, pero esta era una perspectiva del todo más complicada de conciliar.

Usabius se arrodilló junto a uno de nuestros hermanos caídos, y trató de levantar la cabeza para ver si aún estaba vivo. Cuando el cuello colgó torpemente y sin apretar a un lado, supe que no lo estaba.

-No veo supervivientes -dije en voz baja.

-No encontré ninguno –contestó Haukspeer, pareciendo materializarse detrás de mí cuando hizo sentir su presencia.

Traté de no actuar sorprendido. -Tienes que enseñarme eso un día -le dije, bromeando.

Rodeado de los muertos, la Guardia del Cuervo no entendió el chiste. -No tenemos un día. Nuestra vida se mide en horas, incluso minutos ahora. Debemos mirar dentro -dijo, y empezó a caminar hacia la bodega de carga abierta.

Usabius y yo le seguimos, mi hermano otorgándome una mirada oscura que sugería que nuestro compañero de viaje no era tan compuesto como ambos pensábamos que era. Haukspeer *perdió* brevemente su mente en el valle de los huesos y podían haber ciertos rescoldos aún ardiendo en su interior. Sin saber qué era lo que nos atacó, no podía estar seguro. Incluso como apotecario no se salvaría del tremendo daño psicológico y todo lo que había sufrido como consecuencia de sobrevivir a la masacre. Experimentar la muerte en una escala tal pondría a prueba incluso la fortaleza mental de un Marine Espacial.

Al principio, en los primeros días cuando todavía estábamos peleando y buscando en vano orden ni sentido, incluso oí historias de legionarios suicidándose cuando el peso de la angustia fue demasiado para soportarlo. Nunca con una pistola en la boca o en la sien, o una espada en el torso como lo fue en los días del antiguo Imperio Romanii, sino simplemente saliendo por la noche por su cuenta y buscando al enemigo. Yo podría pensar que no hay otra palabra para describirlo que suicida. Aquellos no rota en el cuerpo como Sulnar albergaba otras heridas, las de la mente en su lugar.

Vi al Guardia del Cuervo agudamente mientras entraba a través de la rampa abierta a un reino de sombras más allá. Mientras le seguía, intercambié una rápida mirada con Usabius diciéndole que barriese el flanco derecho mientras yo inspeccionaba el izquierdo. Podría haber cualquier cosa dentro de la nave de desembarco, cualquier cosa. Mi afán por encontrar a mi padre, Vulkan, era casi abrumador pero no deje que nublase mi sentido de la precaución. Lento, preciso, metódico; así era como el primarca nos había enseñado; era lo que iba a ser.

Desde el exterior la nave de desembarco parecía una oscuridad perpetua, cegadora, pero una vez que estuvimos dentro, era una historia diferente. Las tiras de lúmenes incrustadas en el techo todavía funcionaban. Al menos algunas. Parpadeaban intermitentemente, recordándome a la bahía de carga de la *Purgatorio*, describiendo una escena de devastación total. Tuberías rotas, cables expuestos, mamparos triturados, puertas dobles y arneses magnéticos rotos; los intestinos de algún gigante de metal destrozados y arruinados por un trauma masivo y repentino.

El impacto del choque empujó el corredor ventral hacia atrás, probablemente cuando la nariz de la Stormbird golpeó la tierra. La cabina del piloto fue arrugada, escindida por completo, y la presión de esa destrucción apretó su cuello hacia atrás, empujando a la mayoría de las jaulas de tropas en la bodega de carga.

Pasando por encima el puntal de un arpón de metal sobresaliendo de la cubierta, donde la mitad de la chapa había sido quemada, revelando una rejilla inclinada y devastada, vi mi primer cadáver.

Era otro Salamandra, y por un momento reprimí un puño de pánico cuando se presentó en la garganta al pensar que este podría ser Vulkan. No lo era, y me maldije por el alivio que sentí entonces.

Cuanto más profundo avanzábamos, cables serpenteantes y chispeando e iluminación espástica, vimos más cuerpos. Un Guardia del Cuervo, con la espalda rota y retorcido sobre una viga caída; un Mano de Hierro aplastado por una sección del techo que se derrumbó; un Salamandra, apenas visible a través de la nube de vapor que salían de una tubería de refrigerante rota, medio congelado por el nitrógeno líquido, pero su verdadera muerte se reveló tras una inspección más cercana por el empalamiento de un trío de cabillas de hierro.

Por un momento pensé en la razón por la que no encontramos tantos cuerpos en la entrada era porque algún depredador, indígena o no, no se había deslizado y arrastrado la carne fácil, indispuesto a aventurarse más por miedo a lo que la oscuridad albergaba. Desterré la idea rápidamente, tratándola como peligroso.

La muerte era multitudinaria y variada. Algunos legionarios no tenían ninguna evidencia de la forma en que habían muerto en absoluto, todavía atado en sus jaulas, en posición vertical, pero ciertamente muertos. La carnicería estaba en todas partes. Y esa revelación me aterró más allá de los límites con los que fui concebido a.

Si no había heridos y supervivientes entonces esto significaba sin duda una sola cosa...

-Sigue adelante -Usabius estaba justo detrás de mí, se detuvo en seco, y me di cuenta demasiado tarde de que yo tampoco estaba moviendo.

-Tanta muerte… -le susurré, obteniendo una mirada aprobativa de Haukspeer que iba delante de nosotros.

De escasos cien metros de largo y nos había llevado casi media hora para llegar a este punto en la bodega de carga.

Usabius sólo me dio unas palmaditas en el hombro. -Esto no significa que él fuera asesinado también. Es posible que…

Haukspeer levantó la garra relámpago, indicando que había encontrado algo.

Me acerqué a él.

-Movimiento -dijo entre dientes, permaneciendo tan bajo como su armadura dañada le permitía antes introducirse en las sombras y desaparecer un momento después.

En la quietud, oí tubos de ventilación, el crepitar de la electricidad y el gemido de metal enfriándose lentamente. Todos los sonidos que esperaría en una nave de desembarco vacía y despojada de vida. Pero entonces otro sonido la invadió, un gemido lejano. Se hizo eco, resonando fuera de los estrechos confines de la nave, deslizándose a través de corredores y derramándose en la bodega de carga, apenas audible hasta que conseguimos acercarnos lo suficiente como para escucharlo.

Alguien herido. Vivo.

Empecé a correr, pero Usabius me detuvo.

-Mantén la calma, hermano. No sabemos aún a lo nos enfrentamos.

-Podría ser Vulkan –dije prácticamente sin aliento las palabras, casi sin el aliento de la esperanza.

-Mantén la calma.

Parte del techo se había estrellado en el compartimiento de carga, trayendo consigo las losas de metal, columnas y trozos de la superestructura. Creó una especie de mampara andrajosa, un considerable punto ciego al que nos encaramamos en su esquina.

Un corredor de órganos se enredaba en los restos, haciendo difícil atravesar esta parte de la nave. Tuvimos que escoger con cuidado nuestro camino a través de él, deteniéndonos cada pocos segundos para asegurarse de que el sonido seguía allí y nuestro padre aún vivía.

Me dije que era Vulkan. *Quería* que fuese así. Aprobar cualquier otra cosa sería ceder a la desesperación, a renunciar por completo, y había llegado demasiado lejos y aguantado demasiado para eso.

El recorrido por la nave de desembarco se hizo más estrecho aún, más difícil de atravesar. Un impacto de costados había aplastado una porción del compartimento de tropa colapsado en el flanco de la Stormbird. A través de un osario de cuerpos rotos y escombros vi las botas de un guerrero medio oscurecido por un rayo caído.

Haukspeer era un fantasma flotando por delante de mí, apareciendo y desapareciendo como una película rota mientras las luces individuales que oscilaban por encima balanceaban su luz hacia atrás y adelante a través del corredor. Su garra estaba levantada, en señal de espera.

Me tomó hasta la última mota de mi decisión hacerlo, sobre todo cuando vi esas botas moverse. Era un pequeño movimiento, fácil de perder, pero estábamos tan quietos, escuchando y mirando tan fijamente. En el ojo de mi mente vi las rodilleras festoneadas de mi padre, el verde de mar profundo de su armadura, su capa de cascada esmeralda, las fauces con colmillos de su temible casco, esas lentes rojas que irradiaban potencia y compasión...

Vulkan...

Envuelto en la oscuridad, estos detalles eran imposibles de discernir, pero oí el gemido de la figura, y luego otro sonido que provenía de encima de nosotros.

El Guardia del Cuervo miró hacia arriba.

Me di cuenta de que la luz tembló con más fuerza cuando las vibraciones de algo que se movía arriba sonaron a través del casco de la nave.

-¡Haukspeer, debemos ir a por él ahora!

Intercambié una mirada con Usabius. Debíamos llegar a Vulkan en los próximos segundos.

-Espera... -silbó la Guardia del Cuervo. -Algo no va…

El chirrido de metales desgarrador cortó el silencio, mientras la dura luz artificial ametralló desde el techo en que el casco de la nave fue arrancado. Blanco magnesio se volvió rojo rubí cuando los cazadores ciegos se inclinaron a ver, en cuclillas sobre el desgarro que habían creado en el techo. Un grito discordante de alarma y emoción brotó de sus cuernos con el descubrimiento repentino de la presa.

Nosotros.

-¡Mátalo! -rugí y desaté mi bólter.

Impactos explosivos ondularon a través de la nariz cónica del cazador ciego, tambaleándose y obligando a sus fosas nasales dilatadas a contraerse. Se tambaleó

cuando le alimenté otra ráfaga, balanceándose sobre sus patas traseras como un boxeador grogui hasta que escapó de mi vista.

Durante el breve respiro, me apoderé de Usabius por el brazo.

-¡Ve a Vulkan! -le dije con urgencia, -protegerlo, sácalo de aquí si puedes. Haukspeer y yo alejaremos a esta cosa.

No hubo argumento. Usabius hizo lo que le pedí y corrió por el pasillo destrozado, pasando bajo el enorme agujero en el techo y avanzando.

-¡Haukspeer! -grité, pero el Guardia del Cuervo ya venía hacia mí.

-Corremos -dijo.

-De acuerdo. Tenemos que sacarlo de aquí, por lo que…

-Sólo dime esto, Salamandra -me espetó, interrumpiéndome. -¿Eres mi aliado todavía? ¿Puedes hacer esto?

No estaba seguro de lo que quería decir Haukspeer. Tal vez había experimentado demasiado en su Apothecarion improvisada, viendo guerreros de hierro volverse frágiles, metal oxidado y que sacudirían la fe en cualquier soldado bajo presión.

-Puedes contar conmigo, hermano -le aseguré mientras las luces rojas de los cazadores ciegos volvieron. -Hasta el final.

Haukspeer echó una rápida mirada por encima del hombro e hizo señas a un corredor apretado que se desprendió de la bodega de carga. -Por aquí.

Fui tras él, mi cabreo desvanecido tras elsonido rotundo y desgarrador de los cuernos en mis oídos.

El calor apretó contra mi espalda en una onda de presión repentina, hormigueante. Además de sus garras, el Mechanicum Oscuro había equipado a los cazadores ciegos con muchas armas. Una unidad lanzallamas oculta fue adaptado para la limpieza, y pensé que había visto el destello de dos montajes de hombro en el instante que capturé del monstruo por el flash de mi bólter.

Podrían ser cañones automáticos; posiblemente algo más, algo peor. Sabía que algunos de los caminantes montaban segadoras, llenas de guadañas de monofilamento; otros, más armamento radiactivo debilitante. Blindados en

profundidad, con ceramita sobre el caparazón ocultando algún horror biológico desconocido, los cazadores ciegos eran parte orgánicos parte máquinas y casi invulnerables a las armas convencionales. Mientras Haukspeer y yo corrimos a través de la bahía de carga destrozada, tropezando con cuerpos, enganches y raspando nuestras servoarmaduras en la nave medio destruida, me hubiera gustado muchísimo tener algo más potente que un bólter.

Después de que la llamarada no nos matara, los cazadores ciegos no nos persiguieron. No podrían, pues los confines del Stormbird estrellado eran demasiado apretado. En su lugar, corretearon a través del techo. Escuché sus garras rastrillar gubias en el casco a medida que nos siguieron con sus sensores. Cazadores ciegos de nombre, los caminantes estaban en realidad muy lejos de ser ciegos. A través de experiencias dolorosas ya menudo fatales, habíamos aprendido que los focos de búsqueda que utilizaban contenían algún tipo de barrido biológico y de seguimiento de calor. No sé por qué los haces cambiaban de blanco a rojo, pero sospechaba que era un capricho genético del componente orgánico de los caminantes. Nada de eso importaba ahora. El único hecho significativo era que ningún legionario a pie había escapado jamás de uno y los encuentros con los cazadores sólo podían terminar en la muerte para el caminante o su presa. Que yo supiera, el primer evento aún no había ocurrido. Así pues, nuestras posibilidades de supervivencia eran extremadamente cortas.

Sentí los últimos granos oscuros en mi reloj de arena deslizándose hacia el cuello. Pronto se gastarían, así que me prometí que le daría a Usabius tiempo suficiente para llegar a Vulkan y lugar seguro. Si mi vida no significaba nada más, por lo menos significaría esto.

Haukspeer detuvo en el borde del corredor, y estaba mirando hacia arriba.

-¿Qué estás haciendo? -le pregunté. -Tenemos que conseguir que nos sigan. Si permitimos que cojan…

-Demasiado tarde. Escucha -dijo, señalando hacia el techo con una de sus garras.

Fruncí el ceño. -No puedo escuchar nada.

-Esa es la cuestión-respondió la Guardia del Cuervo. -Ha parado.

Siguiendo su mirada, le susurré, -¿Por encima de nosotros?

Haukspeer asintió lentamente, dando un paso atrás cuando levanté mi bólter.

La probabilidad de que mis tiros penetraran a través de los jirones irregulares del techo era muy pequeña, pero yo no estaba tratando de golpearles; estaba tratando de incitarles.

En mi visión periférica, vi a Haukspeer desenganchar una granada de fragmentación de su cinturón.

-Listo -no esperé una respuesta y apreté el gatillo.

Los proyectiles reactivos golpearon el techo, volando secciones de metales destrozados y exponiendo las numerosas fracturas en el casco. Una gran parte de las tuberías, los restos de la cubierta superior y blindaje quemado se estrelló en un diluvio. El cazador ciego cayó con él, sorprendido cuando su suelo cedió de repente. Medio colapsado en el cuello de armónica de la nave, miró de reojo por encima de mí, con sus lámparas de búsqueda carmesíes. Permití un bramido de su cuerno desgarrador antes que de disparase otra ráfaga. Esta vez barrí su arsenal oculto, perforando el tanque del lanzallamas y enviando rugiente promethium sobre su cuerpo en forma de rombo en una oleada incendiaria.

Parte de la conflagración me alcanzó, volviendo rojo y clavando el indicador de la temperatura interna de mi servoarmadura en mi pantalla retinal. Lo ignoré. Permitirme una pausa, vacilar o distraerme un instante significaba la muerte.

-¡Lánzalo! -lloré, esperando que Haukspeer me hubiera oído.

Una detonación ensordecedor aseguida de una ráfaga de presión densa me lo confirmó. El terreno descendía debajo de mí, o más bien me levanté por encima del mismo cuando la explosión de una granada me hizo volar y estrellarme contra una jaula de tropas rota. Luchando para abrirme paso a partir de una pila de cuerpos, disparé un tiro rápido. Con una sola mano, mi puntería era pobre, pero en el flash resultante vi a Haukspeer frente a frente contra el monstruo, su garra rayo quemando como una antorcha desafiante contra la oscuridad.

El cazador ciego que estaba envuelto en fuego moría lentamente. Tenía una abolladura en su caparazón y varias piezas de metralla incrustadas en él. Herido, pero lejos de inmovilizado, con la unidad lanzallamas un desastre pero su arsenal restante intacto, el caminante había perdido poca eficacia de combate. Cuando Haukspeer se arrojó a él, uno de los montajes de los hombros cobró vida.

Me equivoqué. No eran cañones automáticos. Los proyectiles sólidos hubieran sido misericordiosos comparado con lo que sucedió después. Un haz de cañón de fusión al calor novatadas apuñaló a partir del hombro izquierdo del cazador ciego, su amplia dispersión haciéndolo difícil de esquivar. Haukspeer lo intentó pero el borde de las microondas pulsantes le golpeó en el costado derecho, cruel dado que el izquierdo ya era una ruina. Su garra relámpago se apagó y desprendió lejos, llevándose la mayor parte de su brazo con él. El ataque vaciló en un grito de agonía del Guardia del Cuervo. Cayó, rodó, detuvo hasta que se desplomó en un montón de sensación pulsátil. Cuando levantó la cabeza, tratando de luchar, la segunda arma del cazador ciego entró en acción.

Un cacho de monofilamento fue escupió desde la boca del cañón estriado de un segador, ampliándose en una red de letal cristal reluciente. El instinto, ardiendo por las terminaciones nerviosas calientes, hizo luchar a Haukspeer cuando fue fijado por la web. Cualquier respiración, movimiento infinitesimal, un espasmo muscular, pestañear, haría que la red se contrajera. Asfixiado por la presión extrema sobre los pulmones y la laringe por lo general mataban a la víctima, pero Haukspeer era un legionario y su fortaleza trascendía la de un hombre mortal. Su destino era los bordes de alambre de espino, sus dientes feroces muy afilados, tan estrechas que eran invisibles a simple vista, aunque sus efectos no.

Aparté la mirada cuando el Guardia del Cuervo fue troceado en su servoarmadura, sólo vagamente consciente de que todavía estaba disparando y mi bólter *sonó* vacío. Su repentino silencio se llenó al instante con el último de los gritos de Haukspeer. Me pareció oír el desafío y la rabia en su último grito, y tomé una medida de orgullo egoísta en eso.

Tirando mi bólter inútil a un lado, empuñé mi espada-sierra. -Ven aquí, hijo de puta...

Girando lentamente, enmarcada en la luz ambiental desde el agujero abierto en el techo, el cazador ciego fijó sus lámparas rojas en mí. Garras de batalla gemelas se extendieron de debajo de su torso, desplegándose con un extraño movimiento sincopado. Se quebró cada uno de sus pinzas una vez, acumulando sus montajes hombro hacia atrás a una posición inactiva, ya que reconoce una presa fácil.

Nunca había visto malicia expresada por una máquina antes. No hasta ese momento.

El corto balido de su cuerno desgarrador ronroneó casi como una risa sádica.

-El fuego de Vulkan late en mi pecho... -empecé, preparando mi último combate cuando el último gramo de arena oscura se agotó.

Un fuerte gemido desde arriba me hizo entrecerrar los ojos, dañando a mis oídos incluso dentro de la relativa protección de mi casco. Hubo un breve destello, como una nova, antes de que un rayo de energía chispeante alanceó al cazador ciego por el torso. Laluz perforó el metal, terrible y penetrante. Imparable.

El ronroneo se convirtió en un una tos vibrante y entrecortad cuando el cazador se retorció por el impacto del rayo. Los soportes de hombro se balancearon desesperadamente a su posición, lanzándose hacia atrás y adelante en busca del agresor, pero ya era demasiado tarde. Los componentes orgánicos del cazador ciego estaban muertos o cerca de la muerte. Sus piernas se doblaron, su torso humeante tras la herida.

Oí un zumbido bajo de un condensador acumulando poder antes de que un segundo haz ametrallara las sombras, seccionando la nariz del cazador y quemando sus fosas nasales. Localicé al tirador; una silueta legionaria, sus piernas preparadas para soportar un cañón montado en el hombro. El haz venía del arma que llevaba, y aunque brilló con energía intermitente era potente. El blindaje que había desafiado a mis proyectiles capituló frente al proyector de conversión, y en ese momento de revelación conocí la identidad de mi salvador.

Cuando el cazador se dejó caer finalmente en una ruina de metales doblados y materia orgánica quemada, el legionario bajó su cañón y me llamó. Su voz resonó alrededor de la cámara sembrada de escombros y se hizo más fría, más mecanicista por eso.

-¿Estás herido, hermano?

-No, nacido del hierro-le respondí a Erasmus Ruuman, -pero Haukspeer está muerto.

Ruuman hizo una pausa, como si ponderase una respuesta adecuada.

Al final su elección fue apropiada.

-Esa es una gran pérdida para su Legión.

-Murió con honor -le dije, pero no miré deliberadamente a los restos del cadáver de Haukspeer. Por ahora el alambre de espino se habría hecho un lío con él. No tendría mucho que ver y que no tenía ningún deseo de recordar un noble guerrero y amigo de esa manera.

-No vengas aquí abajo -le advertí Ruuman. –El paso es traicionero. Muchos de los muertos sufrieron muertes pobres aquí, hermano.

-He bioescaneado la nave –respondió el nacido del hierro, -y detectado una sola señal de vida adicional, pero es débil.

-Igual que nosotros. Voy a él ahora.

Muy bien. Voy a cruzar por el tejado -dijo Ruuman. -Nos vemos en la salida a la espera de las tropas.

-¿Qué salida? -desde que entré en la nave de desembarco no había visto ninguna.

-Es una lágrima abierta en el casco. Lo sabrás cuando la veas.

Estaba a punto de salir de nuevo en la oscuridad donde esperaban Usabius y mi primarca cuando levanté la vista.

-Ruuman, no sé cómo y por qué no te traje aquí, pero estoy en deuda contigo por salvarme la vida.

-Te lo explicaré en el otro lado de la nave –respondió el nacido del hierro, y luego se fue de mi vista.

Con el corazón desbocado, tanto de la anticipación como por la adrenalina, me apresuré a regresar a través de la nave hasta el pasillo donde habíamos encontrado al superviviente.

-Espero que estés libre ahora, amigo mío -murmuré a las sombras como me fui.

Usabius no estaba allí. Se había mudado a otra parte, y ya no estaba esperando. Las pisadas del superviviente estaban, pero las mi hermano de batalla estaban ausentes. Por un momento pensé que lo peor había pasado, que Usabius estaba muerto y el superviviente también. Una breve visión llenó mi mente del cazador ciego matándole primero antes de que nos alcanzase. No es que hubiera tenido el tiempo suficiente para hacer eso, pero mis sentidos no eran del todo fiables en los últimos

tiempos. Tal vez duró más de lo que había pensado en un principio. Sobrecargando mis miembros con pánico, llenándolos de energía nerviosa, corrí.

Sólo cuando me acerqué al superviviente lo verifiqué, deteniéndome y finalmente parando.

No era Vulkan. Ni siquiera era un salamandra.

Blindado en magenta con un áquila rota adornando su coraza, el superviviente ni siquiera era un aliado.

Hundido contra los confines medio aplastados de una pared celular de detención, salpicado con su propia sangre, era uno de los hijos de Fulgrim. Hijos del Emperador. Un prisionero. Mi enemigo.

Usabius debió haberlo visto también, y esperaba con sinceridad que aún viviera.

Mi enemigo gimió. Sus botas se movían pero sólo unidas a su torso por una retahíla de hilos. La mayor parte de su lado izquierdo estaba aplastado también, la servoarmadura abollada y dividida. Los guerreros de Fulgrim eran esclavos de la perfección, y mientras escuchaba al que estaba ante mí me pregunté si más que el dolor fuese el hecho de que estuvieras en tan mal estado lo que le aquejaba.

-¿Quién eres tú? -exigí, acercándome poco a poco con mi espada-sierra por delante.

Un ojo abierto. Sólo uno; el otro lo cerraba una herida. El legionario de los Hijos del Emperador volvió la cabeza, un movimiento agónico asumí pero parecía deleitarse en ello.

-¿Salamandra...? -dijo con voz áspera, sonriendo con los dientes enrojecidos. -¿Los de tu calaña seguís vivos? -él lo encontró divertido hasta que me agaché a su nivel y estrellé mi puño en el plastrón. Fue un golpe ligero, pues no quería matarlo aún, pero las grietas frescas palmearon el águila burlona que llevaba.

-Responde a la pregunta, traidor -gruñí, tratando de mantener la calma.

Escupiendo un gargajo de sangre, el guerrero contuvo el aliento suficiente para hablar.

-Lorimarr.

Trató de reír, pero se detuvo en seco cuando una tos seca se hizo cargo. Saliva y sangre salpicaban las ruinas de su plastrón pero apenas podía discernir el resto de los daños.

-¿Dónde está Usabius? -le pregunté, dando un paso más cerca, muy consciente de las fuertes pisadas del Ruuman sobre la superestructura del techo.

-¿Quién? -preguntó Lorimarr. -Eresla primera alma que he visto.

-No me mientas -quería que saborease mi espada, pero vi la inutilidad de la tortura nada más pensarlo. Esta escoria lo disfrutaría. -El guerrero con el que entré en esta nave, otro Salamandra como yo. ¿Dónde está?

-No había nadie más antes.

-¡Mentiroso! -blandí mi espada, le hice ver los dientes encadenados e imaginé rasgándole su carne. Si blandía la verdad, mutilaría al traidor tal como había mutilado a un número incontable de mis hermanos de batalla.

Lorimarr forzó una risita, minando mi amenaza. -¿Qué puedes hacer excepto matarme? -dijo. -Ninguna cuchilla aflojará mi lengua. Ya no queda nada con que amenazarme. Además -añadió, volviéndose serio, -yo no miento. Eres la primera alma que he visto -repetía, con una leve sonrisa en las comisuras de la boca, -pero no lo que he oído. Murieron lento, tus hermanos... llorando por su padre.

Con mi paciencia en su límite, estaba a punto de atacar y poner fin a su vida miserable cuando una voz dijo: -Hermano...

Me di la vuelta y al final del pasillo vi a Usabius envuelto en sombras.

-Pensé que estabas muer…

-Por aquí-dijo sombríamente y se fue como si me liderara.

Lorimarr siguió mi mirada en la oscuridad y cuando volvió a mirarme comenzó a reír incontrolablemente.

-Delicioso -jadeó a través de sus lágrimas, su dolor y su placer. –Exquisito -su locura lo estaba matando, pero dudaba de que le importase.

Ignoré al miserable, y me fui tras Usabius.

Ruuman tenía razón acerca de la salida en el compartimento de tropa, pero cuando pasé por el portal desigual no estaba allí para recibirme. En su lugar vi a Usabius, esperando a menos de cincuenta metros de la nave de desembarco.

Estaba de pie, inmóvil, de espaldas a mí, y mirando a algo alojado en la arena oscura.

Como me acerqué a él, traté de bloquear la risa loca haciendo eco desde el interior de la nave de desembarco, dispuestos a matar a Lorimarr ahora mismo.

-Quería matarlo también –me dijo Usabius me dijo, los bordes de algo delante de él justo próximos a la vista por encima del hombro.

-¿Por qué no lo hiciste? -le pregunté, dándome cuenta de que estaba mirando un casco parcialmente enterrado en la tierra de Isstvan.

-Porque he encontrado esto.

Adornado más allá de lo posible, tan finamente y perfectamente elaborado que trajo lágrimas a mis ojos sólo por verlo, me di cuenta de qué era lo que había cautivado a mi hermano.

Ante nosotros se extendía el yelmo de un primarca, el casco de Vulkan.

Por un breve momento macabro esperé que hubiera una cabeza dentro de ella, pero cuando me agaché para recogerlo, me di cuenta de que no había sangre, ni evidencia de lesión de cualquier tipo o incluso lucha.

Era sólo un hermoso yelmo, yaciendo incongruentemente, descartado en la tierra.

Mis dedos temblaron cuando fui a tocarlo, y casi podía sentir la resonancia de mi padre emanando de su metal muy templado al fuego. Las manos de Vulkan habían elaboraron esta pieza de su armadura y parte de su presencia y el poder aún la imbuían. Vi una cara en su rostro terriblemente forjado, en las lentes retinales como gemas, sus fauces doradas, hocico plano. Era el rostro de Vulkan, la máscara que había portado en el campo de batalla y su cara de guerra, y se me heló la sangre al considerarla ahora, vacía de vida. A pesar de que debió haber estado tumbado en la arena durante muchas horas, incluso días, el casco aún estaba caliente como si hubiese sido recién forjado. Incluso a través de la ceramita de mi guante, sentí su calor. Desterró el frío y tomé fuerza de ello.

Una leve desesperación siguió a la estela de mi euforia inicial. Cuando con cuidado anclé el yelmo de Vulkan a mi cinturón, me di cuenta de por qué Usabius no lo había recogido.

Alzándose, me dijo: -Nuestro primarca no habría dejado su yelmo aquí por voluntad propia. Y si su cuerpo no está aquí, y no hay pruebas de su muerte entonces... -me volví.

-Entonces él ha sido capturado por el enemigo, y está en otro lugar –concluyó Usabius.

-¿Cómo vamos a encontrarlo?

El lento movimiento de la cabeza de Usabius sólo aumentó mi sensación de derrota.

-No lo sé, Ra'stan. La nave de desembarco era nuestra brújula. Sin ella, no tenemos nada que ver ni nada que nos guíe. Sin ella, estamos...

-Perdidos, hermano -le dije.

Ruuman anunció su presencia con el *clank* metálico de sus fuertes pisadas en el techo de la nave de desembarco. El nacido del hierro se había tomado su tiempo. Cuando vi los magnoculares en la mano, me di cuenta de por qué.

-Los traidores están moviendo -dijo con la voz de hierro resonando a través del espacio entre nosotros. –Purgatorio fue destruida.

Mi mandíbula se tensó cuando apreté los dientes.

¿Que quedaba en nuestras manos ahora a excepción de una pequeña venganza?

-Tenemos a uno de ellos dentro de la nave -dije, mi significado obvio.

La mirada de Ruuman se desplazó hacia abajo una fracción al ver el casco sujeto al cinturón.

-Creo que la venganza sería comprensible -el nacido del hierro asintió, como en aprobación de lo que había decidido hacer. -Sé rápido con él-añadió, dándose la vuelta. –Me mantendré vigilante.

Con Usabius detrás de mí, aceché de nuevo a la nave.

Lorimarr nos estaba esperando. Apoyó la cabeza contra el respaldo de su cuerpo destrozado, pedazos de su plastrón destrozado subían y bajaban con la respiración superficial del legionario.

-Estoy muerto de todos modos -dijo entre dientes a la oscuridad, sin molestarse en abrir sus ojos esta vez. La sangre se vertía desde la esquina izquierda de la boca, así como por la nariz y el oído.

Quería acabar con él, exigir un cierto grado de dolor de este traidor como si fuera a dar cuenta de toda la muerte y la agonía que él y su especie nos había infligido. Tal vez si estuviéramos en el valle de los huesos lo habría hecho, pero la rabia asesina había desaparecido y sólo la piedad y la autocompasión quedaban.

-Pero tú estás en una agonía mucho mayor que yo -dijo Lorimarr, abriendo sus ojos para mirarme y luego al yelmo que llevaba, -¿Verdad, Salamandra?

Quería golpear la sonrisa arrogante de su rostro.

-Mátalo -dijo Usabius.

-¿A sangre fría? -le contesté, rebajando mi ira. -Queremos ser mejor que ellos.

Lorimarr rio de nuevo.

-Estas realmente roto, ¿no? -me dijo.

-Miré hacia él con desdén: -Creo que tú eres el destrozado, sin piernas, *hermano*.

Resoplando burlonamente, Lorimarr respondió: -Lo sé.

-¿Qué?

El ojo del traidor se estrechó. -Lo sé -repetía.

-Habla con claridad -le advertí.

-Lo que buscas -dijo.

-¡Mátalo, ahora mismo! –gruñó Usabius.

Me volví hacia él, -¡Espera! Sólo tienes que esperar... –dije antes de mirar a nuestro prisionero. Le mostré el yelmo. -¿Esto? ¿Es esto lo que quieres decir?

Lorimarr inclinó la cabeza, muy lentamente.

Me burlé, luchando contra la esperanza y la repulsión en un mismo cóctel emocional ambivalente.

-¿Por qué nos ayudas?

-Está mintiendo –insistió Usabius y dio un paso adelante cuando puse mi brazo para detenerle.

-Espera.

Volví mi atención a Lorimarr, agachándome a la altura de sus ojos.

-No -le dije, leyendo la crueldad en ellos, -no lo es. *Quieres* que vayamos tras él. Quiere darnos esperanza.

-¡Es falso, hermano!

Me encogí de hombros sacando la mano de Usabius en mi hombro, viendo el ojo de Lorimarr parpadear y pasar entre nosotros, su sonrisa ampliándose a medida que lo hacía.

-Dime -le exigí. –Y lo haré rápido.

-No tienes nada que ofrecerme, Salamandra. Pero te daré un regalo... -él gruñó, inclinándose hacia adelante y alcanzándome la mano.

Me estremecí, sospechando un ataque, pero vi que el Hijo del Emperador estaba desarmado y le faltaban dos dedos. Se estiró hacia mí con los dedos restantes como si fuera a realizar algún tipo de bendición.

-¡No dejes que te toque! –gritó Usabius, pero yo ya estaba inclinado, cerrando mis ojos...

Demasiado tarde, me di cuenta del peligro en que estaba.

Lorimarr era un psíquico y yo un esclavo de su voluntad maliciosa.

Cuando sus dedos tocaron mi casco, sólo la caricia más ligera de metal contra metal, fui bombardeado con una serie de imágenes dolorosas.

Fuego... Una conflagración sin fin y la destrucción de un centenar de carros de combate.

Un rugido de ira, una maldición escupida de los labios de un Primarca en acusación a un hermano.

El dolor y la luz, tan calientes que quemaban la misma carne de mi esqueleto y volvieron mis huesos cenizas.

Me aparté de toque de Lorimarr, mis oídos zumbando y un hilo de sangre manaba de la esquina de mi boca. La limpié, a punto de matar al traidor cuando vi que el ojo del Hijo del Emperador estaba abierto y sin parpadear. En su último acto de intento de homicidio se había suicidado.

-Ra'stan...

La voz sonaba débil, los bordes de mi visión todavía iluminados, y la extraña persistencia de imágenes relacionadas con mis primeras visiones me asaltaron como piezas de un caleidoscopio roto.

-Ra'stan, ¿Estás herido?

Usabius me sostenía. Sin su intervención me hubiera caído, tal fue la intensidad del asalto psíquico de Lorimarr.

Asentí con la cabeza, mientras mis sentidos regresaron.

-Trató de matarte-añadió, dejándome ir para así alzarme yo mismo.

-Un bibliotecario...

-Más bien un brujo, creo, pero sí.

-No debería haber sobrevivido ese ataque -le dije, mirando a mi hermano. -¿Cómo podría?

-No lo sé, pero lo hiciste. Vulkan protege aun a sus hijos descarriados.

-¿Así que podemos continuar con nuestra misión?

Yo no creía eso, pero decidí no cuestionar la providencia distante que me había mantenido con vida. Por ahora, era suficiente con saber que Lorimarr había sido frustrado y dejado para cualquier carroña que cazara bajo los cielos de este lugar.

-Vi algo -le dije a Usabius cuando ambos nos pusimos delante del cuerpo caído del traidor. -Sospecho que era un fragmento de lo que sabía del legionario.

-Cuidado con esas falsedades, Ra'stan, especialmente cuando se administran por un mensajero engañoso.

-No se sentía falsa. Creo que quería que lo viera. Creo que estaba diciendo la verdad.

El martilleo de las botas de Ruuman en el techo sobre nosotros cortó nuestro corto debate.

Usabius me dio una mirada de advertencia, pero yo estaba convencido.

-Lo sé, hermano -le susurré, como si el hablar más fuerte haría que las visiones desaparecieran, desvanecidas en un parpadeo.

Con el ruido metálico de la servoarmadura pesada, el nacido del hierro saltó desde el techo de la nave de desembarco y aterrizó de espaldas a mí. Se levantó con rapidez, haciendo zumbar la biónica y me clavó una dura mirada mientras se giraba.

-Estamos fuera de tiempo. La partida de guerra va a volver, llevando cazadores alados en vanguardia.

Motojets, increíblemente veloces y mortales para una presa como la nuestro. Los había visto operar en grupos en las llanuras, usando su velocidad superior para rodear y luego ejecutar grupos aislados de supervivientes. En la mención de Ruuman de ellos, un recuerdo sombrío resurgió de uno de mis hermanos siendo arrastrado a su muerte, enganchado entre cadenas a su carne a la parte posterior de una motojet mientras su jinete se echó a reír ante el espectáculo sombrío.

Algunos cabalgaron en solitario también, y estos exploradores podrían ser igual de mortales. Si éramos descubiertos por uno sería casi imposible silenciarle sin llamar atención no deseada. Si eso sucediera entonces los buitres acudirían a la fiesta con nosotros como su carne de carroña.

La aparición de los cazadores alado era por lo tanto problemática.

Pedí al nacido del hierro -¿Conseguiste lo que necesitabas?

-Sí. Un esbozo de mapa -le dije, golpeando mi casco con mi dedo.

Ruuman miró, esperando por más.

Así que se lo dije. -Lo sé -le dije, -Sé a dónde se llevaron a Vulkan.

Descifrar una imagen clara desde el doloroso asalto mental que Lorimarr me infligió no fue fácil. A través del fuego, la agonía y la luz, vi una cueva. En la superficie, era un hito bastante soso e incluso vulgar en las llanuras Isstvan donde había muchas grietas y simas. Sin embargo, ésta llevaba una marca. Era una estrella de ocho puntas y verla, incluso en el ojo de mi mente, hizo que mi estómago se revolviese y mi lengua picara. La sensación era parecida a la que sentimos en el valle de los huesos, así que sabía que debía ser significativa.

La sugerencia de un altar cobarde, un cuchillo ritual con el poder infernal para cortar a través de la propia realidad se abrió paso en mi conciencia y de repente temí lo que había sido de mi padre. Este lugar se había preparado para él, esta cueva; lo *sabía.*

Y desde nuestro punto de vista, elevado, como el que teníamos en el nido de Tarkan en la *Purgatorio*, que yo había visto. Entonces sólo había sido una forma, otra ampolla lumpen en un desierto negro tachonado con horcas, piras y fosos de la muerte. Ahora era un faro que me llamaba.

De los detalles del mapa hololítico que estudié durante la sesión informativa de Sulnar me acordé de la posición relativa de la cueva de la *Purgatorio* y por extrapolación la situación de la nave de desembarco estrellada de Vulkan.

Encontré la cueva y los llevé hasta ella, eso fue lo parte fácil. Llegar a ese punto a través de un campamento atestado de Guerreros de Hierro no.

Ruuman bajó los magnoculares y frunció el ceño. La biónica en su rostro gruñó por el esfuerzo.

-No veo ninguna ruta a través de ellos.

Un viento cálido soplaba desde el norte, perturbando chubascos de ceniza que pintaron nuestras servoarmaduras de gris turbio. Me imaginaba que el calor provenía de la *Purgatorio* y los huesos de las pobres almas que habíamos dejado allí arder. Ruuman no había dicho mucho acerca de por qué les había dejado. Al parecer, Sulnar le había enviado. ¿Quizás Tarkan había visto lo que se avecinaba y la amenaza inminente hizo al teniente comandante enviar refuerzos? ¿Quizás el nacido del hierro simplemente había decidido que era hora de irse? De cualquier manera, nos alcanzó de alguna manera y ahora aquí estábamos, contemplando otro acto desesperado.

Habíamos tomado una posición refugiándonos detrás de un grupo de rocas ligeramente elevadas sobre el suelo del desierto en un estante de obsidiana y estudiando la mayoría del campamento.

Guerreros rodeaban pequeños incendios, hablando, limpiando sus armas, afilando cuchillos. Algunos estaban sentados solos, mirando catatónicamente en la oscuridad. Otros estaban sentados en los cascos de sus carros de combate, encorvados sobre sus armas en manos relajadas. Los vehículos forma banuna fortificación dentro de la cual los Guerreros de Hierro tenían tiendas montadas e hicieron sus fuegos. Sospechaba que lo hacían para mantener a raya a los perros que también rodaban por la zona. De todos los matones asesinos dejados atrás para limpiar Isstvan V, sólo los hijos de Perturabo actuaron como si no fueran parte de la paja del Señor de la Guerra. Los primarcas habían dejado atrás a los peores y más volátiles de sus guerreros, perros rabiosos en todos los sentidos para este trabajo sucio. la IV Legión nunca había hecho nada salvo los trabajos sucios, así que no había distinción posible. También significaba que eran más ordenados y menos imprevisible que sus hermanos más salvajes. Si estaban enclavados, era probable que no levantarían el campamento hasta que lo ordenase Perturabo, y eso sólo ocurriría cuando estuviéramos todos muertos.

Parte de la arena fue restaurada a la del reloj de arena, pero fue disminuyendo peligrosamente, cerca de expirar de nuevo.

-Deben ser más de cincuenta guerreros -respiró Usabius.

-Cuento casi un centenar -le contesté.

Ruuman asintió. -Debemos adelgazar sus filas -dijo, -estirarlos para que podamos deslizarnos a través de sus piquetes sin detección.

Eché un vistazo largo y profundo al campamento, la posición relativa de los guerreros, los exploradores, puntos de vigilancia, las concentraciones de vehículos y hombres. Y entonces miré a la cueva y su forma que casi estaba rodeada, aunque las tropas allí no actuaban como guardias o siquiera conscientes de su importancia. Simplemente teníamos mala suerte.

-Imposible -le dije, y volví detrás de la cobertura.

Ruuman me siguió.

-Las posibilidades de éxito operacional son escasas -admitió. -Podría ser capaz de hacer un agujero a través de su armadura con esto -acarició el proyector de conversión que colgaba del hombro.

Negué con la cabeza. -Ellos ametrallarían esta cresta con todos los cañones pesados que tengan. Seríamos polvo en cuestión de segundos, otro recuerdo violento igual que el resto de nuestros hermanos.

-Tiene que haber un vacío en sus patrullas, una debilidad en la red que podemos explotar. Tal vez si sólo esperamos... -dijo Usabius.

-No podemos esperar -hice un gesto al horizonte de la noche a medida que enrojeció en el lejano horizonte. –El amanecer no está lejos y al aire libre como estamos seremos vistos.

Como para subrayar el peligro, el zumbido bajo de un cazador alado cortó nuestra discusión, picando a nuestra posición con velocidad.

-¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que una de esas motojets nos atrape en estas rocas? -le pregunté.

-No hacer nada es una muerte segura –respondió Ruuman.

-Salir ahora produce los mismos resultados, nacido del hierro-dijo Usabius.

Ruuman pareció no escucharlo; su mirada estaba en el enemigo.

Después de unos segundos, cuando todavía no hablaba, le pregunté, -¿Qué pasa?

-Están levantando el campamento.

Corrí a mirar por encima del borde de las rocas. Incluso sin los magnoculares me di cuenta de que el nacido del hierro tenía razón.

Los incendios eran apagados, las carpas desmontadas y embaladas. Los oficiales ladraban órdenes y las tripulaciones de los tanques saltaron a los cascos de sus vehículos y comenzaron a prepararse. Los Guerreros de Hierro se preparaban para movilizarse de nuevo.

-¿Órdenes?

-Tal vez -dijo Ruuman, -algo que procede de la cadena de mando. ¿En respuesta a otra amenaza? -se preguntó en voz alta.

-¿Importa eso?

Él se volvió hacia mí. -Sólo si somos esa amenaza.

Pero no parecía así.

En el horizonte, una línea roja brilló a través del paisaje, anunciando otro amanecer ardiente. Mientras observaba, las sombras comenzaron a arrastrarse lejos de la luz invasora, liberándonos de las garras de la oscuridad y empujándonos a abrazar el día.

-¿Cuánto tiempo antes del amanecer? -le pregunté, mi mirada alternando entre el sol naciente y el campamento levantándose de nuestros enemigos.

-Minutos -calculó Ruuman.

-¿Y el campamento? Yo ya sabía la respuesta; minutos, exactamente.

Había por lo menos cuatrocientos metros desde nuestra posición hasta el umbral de la cueva. Había cierta cobertura natural, rocas dispersas, desfiladeros menores, restos de lo que fuera que los Guerreros de Hierro dejasen atrás.

El amanecer se acercaba... Demasiado rápido.

-Tenemos que ir ahora -me dijo con urgencia.

Usabius estaba en pie, con la cabeza por encima de las rocas, listo para actuar.

Ruuman agarró mi hombro, obligándome a agacharme.

-Te van a ver. Espera un poco más.

A través de la sangre golpeando en mis oídos, escuché el zumbido najode los cazadores alados otra vez, buscándonos, pero todavía ignorantes de nuestra presencia.

El amanecer se desvaneció, la luz dura disolviéndose de nuevo en la oscuridad y dejando un crepúsculo misterioso a su paso.

Me volví, confundido, con los corazones retumbando.

-No es el amanecer... -jadeó Usabius, hundiéndose de nuevo, gracias a Dios sin ser visto por los exploradores y centinelas.

Los Guerreros de Hierro todavía desmontaban, lenta y metódicamente, formando una columna con tanques pesados en la parte delantera y trasera, horquillando la marcha.

Me di cuenta de por qué habían recibido la orden de moverse y lo que había visto en lugar de un verdadero amanecer.

-Amanecer Nuclear -dijo Ruuman, haciéndose eco de mis pensamientos. -Los traidores han desplegado atómicas de cierta magnitud menor. El viento traerá la radiación hasta aquí.

-¿Se están moviendo a causa de la radiación?

-Sí.

-Lo que significa...

-Que inundará esta región, con nosotros aún en ella.

Negué con la cabeza, inflexible a ser disuadido por una amenaza menor.

-No nos matara -le dije.

-No inmediatamente, no.

Bajo nosotros, los Guerreros de Hierro encajaban cureñas pesadas a su Rhinos y Espartanos. Vi Estoques, morteros pesados, varios cañones automáticos. Tomaría

tiempo mover todas las armas y vehículos. La fortificación se fue desmoronando lentamente. Montados, podrían soportar la lluvia radioactiva. Nosotros no.

-Si Vulkan está ahí abajo, tenemos que rescatarlo -le dije con firmeza.

¿*Si*? –postuló Ruuman postula. -¿Entonces admites que podría no estar en esa cueva?

-Yo... -miré a Usabius, pero su atención estaba obsesionada con el campamento. -Nada es seguro, Ruuman. Pero si hay una mínima posibilidad…

-¿Has considerado no ir allí abajo?

Miré al nacido del hierro, reprimiendo el impulso violento instintivo de hacerle daño por lo que él estaba sugiriendo.

-¿Abandonarle? ¿Renunciar a todo lo que hemos comprometido?

-¿*Hemos* comprometido? –desafió Ruuman. -¿Hablas de tu Legión ahora, Ra'stan de los Salamandras?

-Nosotros -le espeté, haciendo un gesto hacia Usabius.

Ruuman le miró y luego miró hacia atrás.

-Sulnar no me envió para reforzarte-dijo. -Estaba destinado a disuadirte, traerte de vuelta. Nunca le sentó bien al teniente comandante que tú y Haukspeer le dejarais por esta misión temeraria.

-La esperanza de un tonto es mejor que ninguna esperanza -le susurré, manteniendo la voz baja, aunque los Guerreros de Hierro no podrían habernos oído por encima del rugido de sus tanques maniobrando y saliendo su posición. -¡Vulkan vive! Él vive, y tenemos la oportunidad de ayudarle -respiré profundo, encauzando mi ira y determinación hasta que encontré una cierta calma. –*Ayúdanos* -le supliqué. -No queda nada por lo que volver. Si hubieras podido salvar a Lord Manus de su destino, lo habrías hecho. Si recibieras una oportunidad de salvar su vida…

-La habría tomado -dijo Ruuman con pragmatismo duro como el hierro frío. -Pero mi primarca está muerto, y tú tienes los medios de conocer el destino de los suyos -

él asintió con la cabeza al casco anclado a mi cinturón. El yelmo de Vulkan, con sus lentes vacías le devolvió la mirada perdida.

El primarca era físicamente más grande que cualquiera de sus legionarios, pero no tan masivo que no podía interactuar con los sistemas aún funcionado en esta pieza de su armadura me aburro como una reliquia sagrada.

Nuestros cascos de combaten contenían un registrador visual. Registra lo que vimos, lo que nos permite utilizar los datos de forma estratégica para estudiarlos, o inmediatamente para la adaptación táctica y despliegues. El registro podía ser transmitido a otros hermanos de batalla, entre oficiales de compañía e incluso batallones. Era útil y proporcionaba una experiencia visual compartida, crucial para la formación o la difusión de vital información militar.

Nunca había pensado lo que la pantalla de un primarca podría revelar. Casi no me atrevía a mirar a través de los ojos de Vulkan por miedo a lo que podría ver. Pues lo que se veía nunca podría ser *invisible*.

-Ojalá esta carga no me hubiera tocado a mí -le dije a Usabius, pero en el fondo sabía que tenía que ser quien debía hacerlo.

Una parte de mí quiso que el yelmo estuviese roto, que el enlace sufriese un mal funcionamiento y me saludara una vista vítrea vacía.

Al desconectar las pinzas de bloqueo, me quité mi propio casco y lo dejé sobre una roca cercana. Mis dedos temblaban. Miré a Usabius, tratando de medir su estado de ánimo, pero él no se había movido ni un ápice de mirar fijamente a los tanques.

El yelmo de Vulkan se liberó con un leve zumbido de magnetismo y una rendija de luz de tocando metal contra metal. La alcé, como si fuera una corona y yo su indigno titular. Era pesado, más pesado de lo que pensaba, más pesado de lo que fue cuando la recuperé de la arena. Sabía que era el peso de la revelación inminente, la gravedad de una verdad dura e incómoda la que me gravaba.

-¿Esto podría funcionar? -respiré. Era significativamente más grande que mi propio casco y yo sólo podía descansar sobre mi cabeza mientras lo sostuviese en alto y en su lugar. -Se siente como una transgresión...

-Puedo ayudar a hacer la interfaz –respondió Ruuman, -tira algunos de los cables fuera, conecta las conexiones a lo bruto. Si todavía funciona, podrás acceder a la información visual.

-Esto es una reliquia, yo no debería estar haciendo esto.

-No es más que una reliquia si Vulkan ya está muerto y esta es la última parte física de él.

Traté de no tolerar esa posibilidad y me puse el casco del primarca, preparándome para sus últimos instantes antes de que él y este se separasen.

Ruuman estaba trabajando con sus herramientas. Era difícil no pensar en sus modificaciones como un sacrilegio, pero vivíamos en una era de iluminación, donde la fe y la religión fueron consideradas heréticas. Traté de no pensar demasiado en la ironía de eso. Gran parte de mi visión del mundo establecido había sido sacudida por el calvario de Isstvan. Hombres menores se habrían desmoronado ante tanto horror absoluto, a medida que su concepto de la realidad fue brutalmente desprendido y arrancado cruelmente.

Pero no éramos hombres menores; éramos legionarios. Así que lo soportamos.

-Nada, no puedo ver nada -le dije, avergonzado ante el sonido de alivio en la voz. -Sólo oscuridad aquí. Los sistemas no están funcionando.

-Un momento -murmuró Ruuman. Podía oír el zumbido del cazador alado delante de nosotros de nuevo y el estruendo de armaduras más lejos mientras el campamento era levantado.

¿Por qué necesito pruebas del destino de Vulkan? ¿Por qué no confío en la creencia, la fe de que él vivía y estaba esperando nuestra ayuda?

Quería deshacerse de la batalla-timón, desafiar la lógica de Ruuman, irrumpir en el campamento y rescatar a mi padre. En mis sueños, así era mi guion. Toda duda, toda locura e incertidumbre morían ante su presencia refulgente. Vulkan era glorioso, y atacaría a estos traidores de la faz de este mundo negro antes de regresar a las estrellas, y con sus hermanos a su lado aplastaría al Señor de la Guerra desde su trono de usurpador y…

Un tenue resplandor inundó el interior del casco, revelando pequeños detalles de su superficie interior en un solo color carmesí. En mi visión periférica pude ver donde Ruuman había empalmado cables y puntos de conexión físicos a los interfaces de la gorguera de mi propia servoarmadura. Alineando mis ojos lo mejor que pude con las lentes retinales, parpadeé para activar el registro visual.

La estática reinó al principio, una neblina roja crepitante que me hizo pensar que las lentes fueron dañadas y cualquier captura de imagen ilegible. Sólo duró unos momentos antes de que regresase una escena muy familiar...

Subiendo por una cresta oscura arena negra volcánica. El aire se llenó de ampollas por el fuego de bólter, un gran crescendo de llamaradas interminables. Explosiones más grandes parpadean en la distancia, vomitando humo y fuego. Un baño de tierra y sangre barrió a través de su línea de visión.

No había audio. Evidentemente, esa aplicación había sido dañada. Pero podía verlo lo suficientemente bien... e imaginar el ruido.

A través del humo, la nieve que había empezado a caer inexplicablemente, una falange de legionarios blindados de hierro se revelo. Sus cascos inexpresivos y en blanco no mostraban piedad, ninguna señal de renuencia. Se desplegaron en una línea de fuego, con la intención de matarnos. Detrás de ellos asomaban las formas más grandes de tanques...

Vulkan levantó su guante y una lengua de fuego condujo a los traidores a subir la colina. Chocaron con los vehículos avanzando, aplastados bajo las orugas implacables de sus propios tanques. Los que se mantuvieron firmes quedaron inmersos en una conflagración tan intensa que su sservoarmaduras no fue una defensa contra ella. Siluetas colapsando lentamente, carbonizados y silueteados por el calor se marchitaron ante de su fuego de draco. La carne y los huesos se convierten en cenizas, escapando de sus servoarmaduras por el viento.

Cualquier vínculo persistente de fraternidad que él podría sentir no le detuvo. Él está corriendo, con la Guardia Pira justo detrás de él, devorando metros de la ladera hasta las crestas de la cumbre. Proyectiles pesados rebotaron en sus servoarmaduras, como mordeduras de mosquito tratando de romper la pared de una fortaleza. La carga explosiva de un cohete le lanzó luz y fuerza cinética pero seguía erguido y robusto.

Un puñado de guerreros desesperados se lanzó contra él, espadas-sierras en ristre. Portador del Amanecer*se deslizó y balanceó en sus manos. Una vez. Cuatro Guerreros de Hierro fueron lanzados hacia el cielo, sus cuerpos rotos. Increíblemente valientes o descaradamente estúpidos, tres más cargaron a pesar de la carnicería que acababa de hacer con sus camaradas.*

Al igual que el martillo de un dios, Vulkan los aplastó. Una servoarmadura se partió en dos, hundiendo el pecho y las costillas, exponiendo sus entrañas. Un hombro es golpeado, combando la forma de la hombrera con la misma resistencia del pergamino. Un casco es aplastado, su cabeza convertida en pulpa por un puño gigante enguantado.

Sin desanimarse, los Guerreros de Hierro mantuvieron su defensa tenaz pero fallida. Es como si no supieran el significado de la rendición o la derrota.

Tampoco Vulkan, y la matanza continuó hasta que la Guardia Pira llegó hasta él y despachó al resto, despejando el camino para los tanques...

Vulkan llega el primero de los carros de combate, un Demoledor que el primarca levanta con sus propias manos y da la vuelta. Portador del Amanecer *está de vuelta en su puño de hierro un momento después y él lo utiliza para perforar un agujero a través del casco de un segundo vehículo. Rasgando el blindaje frontal con los dedos arranca a la tripulación interior mientras le acosaron con pobre fuego de pistola.*

Él los arroja fuera mientras intentan dañarle, sus brazos agitándose, y dejó que sus guerreros del círculo interno los pasasen a cuchillo antes de que llenase el tanque con granadas.

Vulkan ya se está moviendo, la parte posterior del Demoledor dejadaatrás volada en una columna de fuego, humo y metralla. Salamandras blindados de verde avanzaron con él a cada lado del primarca. La batalla es un caos de combates cercanos y fuego a quemarropa.

Una figura se hace visible en la distancia, a través de una línea de batalla de máquinas capaces de provocar terremotos. Vulkan está obsesionado con él, con su mirada inquebrantable como un misil apuntándole. Su hermano de hierro se está riendo, haciéndole señas. Un tanque se cruza en el camino de Vulkan y él lo echa a un lado con el hombro. De otro se apodera de su hoja topadora, volcándolo en su

rabia. Él se sacude, rugiendo una acusación al Señor del Hierro que todavía está muy lejos de sus golpes...

... luego mira hacia arriba, a una corriente de misiles que brotaron de sus baterías en estelas de fuego brillante como novas. En unos segundos el aluvión caería sobre él. Vulkan no dejó de gritar hasta que el flash blanco magnesio llenó su visión y su mundo se oscureció.

El crepitante ruido blanco regresó, dando por finalizado el registro. Me quedé inmóvil, estupefacto, incapaz de procesar el hecho de que había muy probablemente presenciado la muerte de mi primarca.

-¿Hermano...? -apenas más fuerte que un susurro, la voz de Usabius me devolvió a la realidad. -¿Qué has visto?

-Muerte -pronuncié, tratando de quitarme el yelmo pero lo encontré enganchó por los cables de acoplamiento a mi servoarmadura. -Quítamelo-le espeté. -¡Quítamelo!

-Espera -dijo Ruuman, y fui vagamente consciente de su desconexión de la interfaz de conversión. Cuando terminó, me arranqué el casco y lo tiré como si escaldado por su tacto y cauteloso de su presencia.

No necesité decirle a Ruuman lo que había visto. Podía saberlo por la mirada en mi cara.

-¿Entonces, se acabó? -preguntó.

Vulkan vive... -jadeé, desesperadamente, desafiante, engañado. -Él debe vivir.

Usabius todavía estaba en el borde de las rocas, mirando al campamento y no ofreció ninguna ayuda.

El cazador alado zumbó cuando acometió su cuarto pase.

-Se están acercando -dijo Ruuman. -El piloto sospecha que ha encontrado algo en las rocas pero aún tiene que localizarlo en realidad.

-Una vanguardia ha llegado a liderar la columna de salida -pronunció Usabius. Seguí su dedo acusador, todavía aturdido por lo que acababa de presenciar, y vi dos cazadores alados acelerando al campamento disminuyendo rápidamente y

ocupando posiciones al frente de los Guerreros de Hierro. Los pilotos portaban blindaje ligeroe iban sin cascos o brazales. Llevaban viseras en su lugar y sus guanteletes apretaron las manillas cuernos de sus monturas. Desechos y el humo eructaban de gruesos tubos de escape. Conduciendo a baja altura, echándose hacia atrás, rieron y se gritaron el uno al otro. Tal vez los hijos de Perturabo tenían algunos locos en sus filas después de todo.

Por fin se iban. Luché duro para hacer que ese hecho importase, para no tener la victoria de ello borrada por la prueba contundente de lo que había visto a través de los ojos de Vulkan.

Ruuman observaba a los Guerreros de Hierro también.

-Dos cazadores alados significa que falta un tercero. Apostaría que es nuestra sombra arrastrándose.

-Vive -le dije al nacido del hierro, mi mirada atravesando el campamento hasta la boca de la cueva. -Vulkan vive.

-Tú mismo dijiste, Salamandra, que no es así.

-El casco no fue donde cayó -le dije, agarrando en una verdad probable. -Esto significa que podría haber sobrevivido sin recogerlo.

-No había nada que lo probase -afirmó Ruuman. -Está muerto, Ra'stan. Acéptalo, para que podamos salir de aquí y vivir un poco más.

-No.

El verdadero amanecer se levantaba, el sol de Isstvan ascendiendo por las colinas y desterrando las sombras. No podría dispersar la tormenta de radiación que se no echaba encima desde el norte, pero eso no importaba ahora.

Me puse de pie, uniéndome a Usabius en el borde de las rocas.

A nuestros pies, la columna blindada se marchaba.

-Tenemos que ir, ahora o nunca -le dije, y Usabius asintió.

-Por ese camino se encuentra la muerte -dijo Ruuman, también alzándose, pero en la dirección opuesta.

-¡Entonces elegimos la muerte! -gruñí. -¿Pues qué más hay en este maldito mundo para cualquiera de nosotros?

-No puedo seguir así, hijo de Vulkan –respondió el nacido del hierro. Él me animó a ir con él. –No te sacrifiques en una misión tan tonta. Vive y niégales el espectáculo. Lo haré. Mientras vivimos, hay esperanza. Por favor, ven conmigo, Ra'stan. '

Negué con la cabeza, lentamente, bajando la mirada. Mi camino fue puesto delante de mí, no habría ninguna desviación de la misma. Cuando miré de nuevo Ruuman había desaparecido, después de haber desaparecido en las rocas del otro lado.

-No te preocupes, hermano –me dijo Usabius, afectando por un aire de leve fatalismo, -es asunto ahora de los Salamandras. Mejor que seamos solo nosotros.

-Si... Sólo nosotros.

Hacia el este, el sol se elevaba por encima del borde del horizonte, pintando las llanuras volcánicas en rojo.

Miré hacia el trecho puesto entre nosotros y nuestros cazadores ignorantes que todavía estaban demasiado cerca para evitarles por completo. Incluso atravesar el campamento estaría lejos de ser cierto, y mucho menos sobrevivir a lo que podríamos encontrar en la propia cueva.

-Bordeamos los bordes del campamento -le dije, señalando a una cadena irregular de rocas como colmillos. Crucé la mirada con Usabius. Estaba ardiendo, lleno de convicción. -Mantengamos la calma y actuemos con celeridad-le dije.

-Vulkan vive –me dijo él.

-Vulkan vive -contesté, y luego saltamos la barrera de roca juntos y corrimos como si los infernales dragones de Nocturne estuvieran detrás de nosotros.

Apenas habíamos llegado a mitad de camino cuando un grito resonó, más ensordecedor que un disparo.

Ruuman había tenido razón. Los Guerreros de Hierro nos habían visto.

Arriesgué una mirada y vi la columna blindada aún en movimiento, pero los dos cazadores alados habían despegado y rugieron hacia nosotros. De narices aguileñas

y voluminosas, las motojets intimidaban a su camino a través de la oscuridad huyendo merced al amanecer. Carenados angular en la proa les daban un aspecto duro e inflexible. De cerca, sus jinetes eran salvajes, girando cadenas de pinchos alrededor de sus cabezas y ululando en previsión de la matanza. El resto de los Guerreros de Hierro parecía satisfecho de dejar que ellos tuvieran nuestra sangre y se alejó de la tormenta avanzando.

A juzgad por su velocidad infernal, calculé que podía conseguir otros treinta metros antes de que estuvieran sobre nosotros. Los cañones ocultos deslumbraron desde debajo de la nariz de cada cazador alado podían triturarnos antes lo otro tres, pero los pilotos parecía tener la intención de acercarse.

Además, ambos habían dirigido sus monturas a mí.

-¡Llega a la cueva!¡Ve! -grité.

Usabius se adelantó, mientras yo reduje y saqué mi espada-sierra.

Dos guerreros montados en motojets contra uno a pie. Las probabilidades no estaban a mi favor.

Yo había dejado mi casco en la roca junto al de Vulkan. En mi prisa y trauma persistente, me olvidé de ambos. El sabor acre del humo de escape me llegó antes que ellos. La arena negra fustigó a su paso y picó mis ojos. Probé el hedor petroquímico de sus motores, sintiéndolos vibrar a través de la tierra a pesar del hecho que montaban justo encima de ella por placas de repulsión antigravitacionales.

-¡Vulkan vive! -rugí, colocando la espada-sierra al frente en señal de saludo final de un guerrero. Cuando acabé este y me acomodé en una posición de combate, sus dientes ya estaban corriendo.

Cuando los cazadores alados llegaron a menos de veinte metros, comenzaron a desprenderse.

Cercado, me vería obligado a elegir a uno de los combatientes. No era una elección en realidad, o una que importase lo más mínimo. Escogería uno y mi espalda se expondría al otro. Casi podía sentir sus hojas pesadas perforar mi armadura y carne...

-Vulkan vive... -susurré por última vez, gastando con Usabius y la boca de la cueva una mirada de reojo. No le podía ver, y esperaba que eso significara que lo había logrado.

Un lamento de ruido explosivo surgió de mi lado derecho, un staccato de cuatro explosiones que escupió un revoltijo letal de rayos de color rojo oscuro. Una carga actínica llenó el aire al mismo tiempo, brillando. Un segundo más tarde y los corredores estaban gritando cuando el rayo de la muerte devoró sus bicicletas y volvió su carne en polvo, cortándoles abruptamente.

Dos cazadores alados se estrellaron en la tierra, destrozados y en llamas. Trozos de servoarmaduras de Guerreros de Hierro se unieron a ellos; corazas vacías, chicharrones, botas y guantes, con nada dentro salvo ceniza.

Sabía que los efectos devastadores de las armas volkite. Los marcianos las habían hecho particularmente potentes contra la materia biológica. Ruuman conducía la tercera motojet, con una culebrina recalentada sentada bajo su proa. A medida que el arma de rayos se apagaba involucró el arsenal de reserva de la montura. Bólters gemelos hundidos en sus carenados volvieron a la vida entre bengalas gemelas y estela sdestellantes en la penumbra.

No sé si él había estado planeando esto. Tal vez fue una contingencia que él aplicó a cuando se dio cuenta de que se había convertido en una. El proyector conversión quedó atrás, demasiado pesado y poco práctico para llevar en una motojet, probablemente dedicado a la ejecución del anterior piloto del vehículo.

-Que el Emperador te alabe, valiente tonto -murmuré mientras pasó de largo, los motores gritando y vertiendo su fuego en la armadura ablativa de un Rhino. Ametrallando el flanco del vehículo, alcanzó los tanques de combustible y el Rhino explotó en una bola de promethium ardiendo.

Con la cabeza gacha, el nacido del hierro cabalgó, perseguido por las torretas de los carros de combate. Los proyectiles cosieron a su paso, levantando terrones de arena volcánica, pero yo estaba corriendo ahora y no podía esperar a ver si mi salvador escapaba o no.

Guerreros de Hierro venían tras él, pues oí sus gritos lejanos y promesas de venganza. Venían a por mí también. Con los cazadores alados destruidos, yo estaba en pie y era una cuestión de honor que no debía perdurar. Pero los tanques no son

tan rápido o ágiles como las motojets. Estaba lo suficientemente cerca de la cueva como para introducirme antes de que me atraparan.

Después de eso... no había pensado más allá de entonces.

La misma sensación enfermiza que había sentido cuando vi el umbral de la cueva por el ojo de la mente de Lorimarr regresó, sólo que esta vez fue mucho más aguda debido a su presencia y proximidad. La estrella de ocho puntas atrajo mi atención, me obliga, me repugnante, pero luchó su señuelo y violó la boca de la cueva sin aliento.

Una vez dentro, los efectos disminuyen y me pregunté si la marca era una especie de sala, una pieza de tecnología Mechanicum hecho para aparecer como si se tratara de arcano y esotérico. Me había roto, se metió por su red de influencia, y había comenzado a recuperarse.

Miré a mi alrededor.

La oscuridad parecía más densa en la cueva, poco natural. Aunque el aire era frío contra mi cara, erizó mi piel y se resistió a mi paso a través de ella como fuera barro y no aire en absoluto.

Era profunda, mucho más profunda de lo que parecía desde el exterior, y se derramó en la distancia mediante un estrecho pasillo de roca. Como no podía ver a Usabius supuse que había penetrado más allá. Seguí el único camino, con la esperanza de que encontraría a mi hermano al el final del mismo. Quería llamarle, para hacerle saber que iba a venir y que no estaba solo, pero me detuve en seco al darme cuenta de que no sabía qué más se escondía dentro. Por otra parte, la acústica transmitiría mi posición exacta a cualquiera que me siguiera.

El tiempo era la única ventaja que poseía; No tenía ganas de renunciar a ello.

Después de lo que parecieron varios kilómetros, los estrechos confines de la cueva se expandieron a una caverna mucho más ancha y alta. A pesar de que era difícil saberlo con certeza, pensé que debía haber viajado a los túneles subterráneos de Isstvan, porque el techo de esta nueva cámara era abovedado y repleto de estalactitas.

Hacía más frío aquí. El hielo cubría los bordes de la caverna, y una escarcha ligera brillaba bajo mis pies. Carámbanos goteaban desde arriba, congelados en dedos largos y nudosos.

Parpadeé. Las gotas de hielo se mantenían en su lugar, cerniéndose tranquilamente en el aire. Al principio pensé que debía ser una ilusión óptica, pero cuando me acerqué vi que no. El tiempo había dejado de latir en este lugar. Se mantenía inerte, como atrapado en ámbar.

Parpadeé de nuevo.

Usabius estaba de pie en el centro de la cámara, mirando a una de las gotas en estasis.

-Lo veo pero no lo creo -dijo. Supuse que me estaba hablando.

-Nada se siente bien acerca de este lugar, hermano -le contesté.

Se dio la vuelta, mirándome a través de su lente agrietada.

-¿Dónde está tu puño de combate? -le pregunté, cuando me di cuenta de que el arma no estaba.

-Lo veo pero no lo creo -repetía.

Al acercarme a él, me di cuenta de otros detalles sutiles de su aspecto que habían cambiado demasiado. Su servoarmadura estaba más maltratada; negra y quemada ampliamente en algunos lugares, como si hubiera quedado atrapado en un terrible incendio.

Fruncí el ceño, sin comprender. -Usabius, ¿Qué te pasó?

-Mira, pero no creas -dijo, alzando sus manos para agarrar ambos lados de su casco.

-¿Dónde está Vulkan? -le pregunté, mientras una profunda náusea trepó desde mis entrañas. Me tragué la bilis en mi garganta. -Hermano, yo…

Usabius...*parpadeó*. Como un espejismo, él estaba allí y al instante posterior no lo estuvo. Yo había visto videos pictográficos hacer algo similar. Lo llamaban “efecto fantasma”.

-Yo... -mis piernas cedieron y puse mis manos para detener la caída.

Tensos, pero lejos de estar calmados, mis corazones se clavaron en mi pecho. Fue tan duro que esperaba verlos estallar a través de mi caja torácica, abrir mi plastrón y caer en el suelo delante de mí. La realidad de mi mundo como yo lo conocía se estaba desmoronando. Usabius no era como lo recordaba, y por medio de la resolución parpadeante de su existencia aparentemente temporal percibí una verdad a medias bajo la imagen que yo había tratado de ocultar.

Durante los últimos años de la Gran Cruzada, cuando todavía nos asistían rememoradores en nuestras flotas, cuando todavía había algo digno de recordar, oía un imaginista hablar del *pentimento*. La palabra derivaba del antiguo Romanii de la Vieja Terra, y significaba "arrepentirse". Se refería al acto, por un artesano, de pintar sobre un error. Con paciencia, habilidad y los materiales correctos, tales proyectos anteriores podrían ser revelados por debajo de la capa que los escondió. Con claridad salvaje, me di cuenta de que yo había pintado sobre Usabius. Este era mi arrepentimiento por alguna fechoría. Ahora, mi mente estaba tambaleándose ya pesar de mis facultades cognitivas superiores, el procesamiento de todo lo que estaba viendo no era fácil. Sabía, sin embargo, que de alguna manera hasta el momento no definido, que había fallado a mi hermano.

Espantoso y desgarrador como era, una revelación mayor aún aguardaba.

Cuando me hundí por el peso de mi culpa, mis ojos se posaron en el suelo, donde vi una marca a fuego en la tierra. Concentrado en el techo y sus extrañas propiedades de tiempo congelado, no me había dado cuenta hasta que estuve en su cenit. Un anillo negro quemaba de forma indeleble el suelo, picos interrumpiendo su perfecta circunferencia como de alguna reacción cinética pulsante.

Había visto tales efectos antes, por lo general producidos después de la teletransportación, y eran el residuo del intercambio de energía extrema que tuvo lugar durante la traslación espacial.

Al principio, no sabía lo que significaba, pero luego vi la segunda marca inscrita en la primera, rodeada por el anillo. Era difícil de discernir. Hombros y espalda anchas, de rodillas con su cabeza inclinada.

Una figura, claramente. Un individuo preparado para la teletransportación.

-¿Qué significa? -le pregunté, mirando hacia arriba desde una posición media. La ira estaba creciendo en mi garganta, imponiéndose a mis otros humores. Otra cosa

también, una emoción completamente extraña pero familiar al mismo tiempo. Pánico. Ansiedad.

Y ellos no conocerán el miedo...

Era nuestro mantra, era la forma bajo la que el Emperador nos había hecho, destilados a partir de la esencia vital de sus hijos, nuestros padres. La ingeniería genética, la herencia, la primacía: todo fue deshecho en ese momento.

Usabius me miró, con las manos aún bloqueadas en su casco como si, al igual que las gotas de hielo, él también estuviera congelado en el tiempo.

-¡Respóndeme!

La luz ardiente de los ojos de mi hermano brillaron de nuevo y con un silbido de presión escapando se quitó lentamente su casco. Debajo había un rostro que apenas reconocí. Estaba quemado, arrasado por el fuego del infierno. Los Salamandras son resistentes al calor, pero no son impermeables.

Aunque traté de impedirlo, aunque había apuntalado mis baluartes mentales con la falsedad de protegerme, la presa se rompió y la veracidad se precipitó sobre mí en una inundación.

Usabius había perdido su identidad en una tormenta de fuego, una que arrasó desde las entrañas de una nave de desembarco muriendo y se esparció por su ser. Había tratado de advertirle, salvar su vida, pero era demasiado tarde. Lo dejé ir, y para cuando miré hacia atrás sólo sus marcas de dedos con garras permanecieron, clavadas en el metal.

-Tú moriste -pronuncié, casi en una escofina.

La realidad me tomó completamente a continuación, afianzándose como una pinza de acoplamiento contra el casco de una nave espacial.

Me acordé del cementerio de los muertos, del Guardia del Cuervo mientras se removía en la inconsciencia a punto de revelar mi posición. Yo estaba solo, habiéndolo arrastrado por medio camino Isstvan, cuando las luces de búsqueda comenzaron a ametrallarnos. No podía arriesgarme a que su despertar nos condenara, así que me incliné y lo aplasté con mi puño de combate.

En la cueva, miré hacia abajo, a mi brazo derecho y vi el guante encerrándolo.

A bordo de la *Purgatorio*, una discusión entre Sulnar y yo había terminado en un acuerdo tenso. Creía mis palabras de la carnicería en las llanuras, el sufrimiento y el dolor expresados por boca de otro, a través de Usabius, pero era yo. Yo dije esas palabras. El teniente comandante no se había movido cuando Usabius irrumpió junto a él, porque nadie había irrumpido junto a él. Nadie más estuvo allí.

En los restos de la nave de desembarco, buscando desesperadamente a Vulkan. Incluso el traidor, Lorimarr, podía percibir la verdad y se divirtió en gran medida al presenciar la manía a la que había sucumbido. ¿Cómo podría haber sobrevivido a su ataque psíquico? Sólo otro psíquico podría haber hecho eso.

Incluso mi rango era una mentira. El moribundo legionario Ik'rad me había llamado señor. Una vez me conocieron como un Epistolario. Sólo Usabius me había llamado capitán. Era su rango, no el mío. Después de su muerte, después del accidente y el tormento en mi mente psíquica encadenada, me había convertido en él o parte de él, y la proyección que había formado era parte de mí, la parte que no podía conciliar plenamente.

Soy Usabius, la memoria medio recordada de un cadáver fusionada con mi propia identidad.

Vivimos en el infierno, un infierno de arena negra donde nada es lo que debería ser y todo ha caído en locura. Un guerrero, incluso uno tan acerado como un Marine Espacial, podría perder su mente de tal bajeza.

Mis pensamientos volvieron, extrañamente apto en las circunstancias.

-Has muerto, hermano -le dije, dirigiéndome a la manifestación de mi mente que llevaba la forma mortal de Usabius.

Asintió.

-Lo siento.

No obtuve respuesta, y sólo siguió mirando.

-¿Todo esto es real? ¿La cueva, los Guerreros de Hierro, los sobrevivientes?

Al igual que algunos fantasmas de antiguos mitos terrano, Usabius extendió un dedo-dentada para apuntar a la tierra quemada rodeándome.

Aquí estaba la verdad. Igual que un hombre que se ahoga y cuyos sentidos están embotados por el agua, salí a la superficie de un sueño oscuro a una realidad aún más oscura.

Al contemplar el significado de la marca, oí la punta de las botas que venían por el pasillo detrás de mí. Los Guerreros de Hierro estaban casi aquí, tan reales como el sudor en mi frente o la tierra debajo de mí.

-No va a ser largo -le dije, pero me detuve en seco.

Usabius se había ido, y yo estaba solo como siempre lo estuve.

Haukspeer había dado su vida siguiendo a un loco por la noche; Ruuman también, probablemente. Debían haberlo sabido. En algún nivel pequeño, creo que yo también, pero lo mantuve escondido en una parte bloqueada de mi mente donde podía mantenerlo apagado.

Me empujé hacia arriba, agarrando mi espada sierra en mi mano mientras me levantaba. Me enfrentaría a estos bastardos en pie.

Roto o no, todavía era un guerrero de las Legiones Astartes, todavía era un Salamandra.

Una revelación se mantuvo, negándose a mí por el misterio de la cueva.

El anillo de tierra quemada celebraba el secreto, tenía que desbloquearlo para conocer la verdad. La pregunta era obvia.

¿Cuál es el destino de Vulkan?

Tenía un don, que había olvidado y proyectado sobre otro. Con él pude recorrer los confines de esta tierra en busca de la baliza luminosa y brillante que era mi padre. Tanto dolor, tanta muerte. Golpeé el aire latente a mi alrededor, todavía impregnado de los gritos psíquicos de mis hermanos. Fuego cerúleo brilló en mis ojos, sintiéndolo crecer, viéndolo derramarse más allá de la caverna para revelar las sombras de mis asesinos a medida que se acercaron más.

Cualquier intento de encontrar a mi padre se abría completamente mi mente a los horrores de Isstvan probablemente me mataría a mí y todo a mi alrededor en una tormenta psíquica...

Un Guerrero de Hierro surgió de la oscuridad a la luz azul. Lo vi plantarse en los pocos segundos que me quedaban. Echando atrás la cabeza, desaté mi mente, dejándola vagar y ver todo y a todos. Abrió el anillo de tierra quemada; me mostró la última verdad que todavía se me escapaba.

La luz blanca, el calor y la desorientación de la traslación.

Se marchó. Vulkan había desaparecido.

Un incendio ardía a través de mi cuerpo y bajé los ojos para ver a mis enemigos huir en vano. Yo les daría una verdad justo antes de que todos muriéramos, antes de que la cueva y el túnel y varios kilómetros de las llanuras de Isstvan fuesen reducidas a un cráter ennegrecido por la efusión de mi angustia psíquica.

No me arrepiento de mi muerte, al igual que no me arrepiento de mi vida. Ojalá hubiera visto a mi padre por última vez, pero eso no era el futuro que habíamos hecho por nosotros mismos.

Es a un sombrío y oscuro horizonte al que estamos viajando. En él, la galaxia quema.

Pero aún hay esperanza...

-Aún hay esperanza -dije en voz alta, alzando la voz en grito.

El Guerrero de Hierro desaceleró y se volvió. Cuando miró a mis ojos, creo que se dio cuenta de que estaba condenado.

Aquí estaba la verdad; esto fue lo que le dije.

-¡Vulkan vive!

FIN DEL RELATO